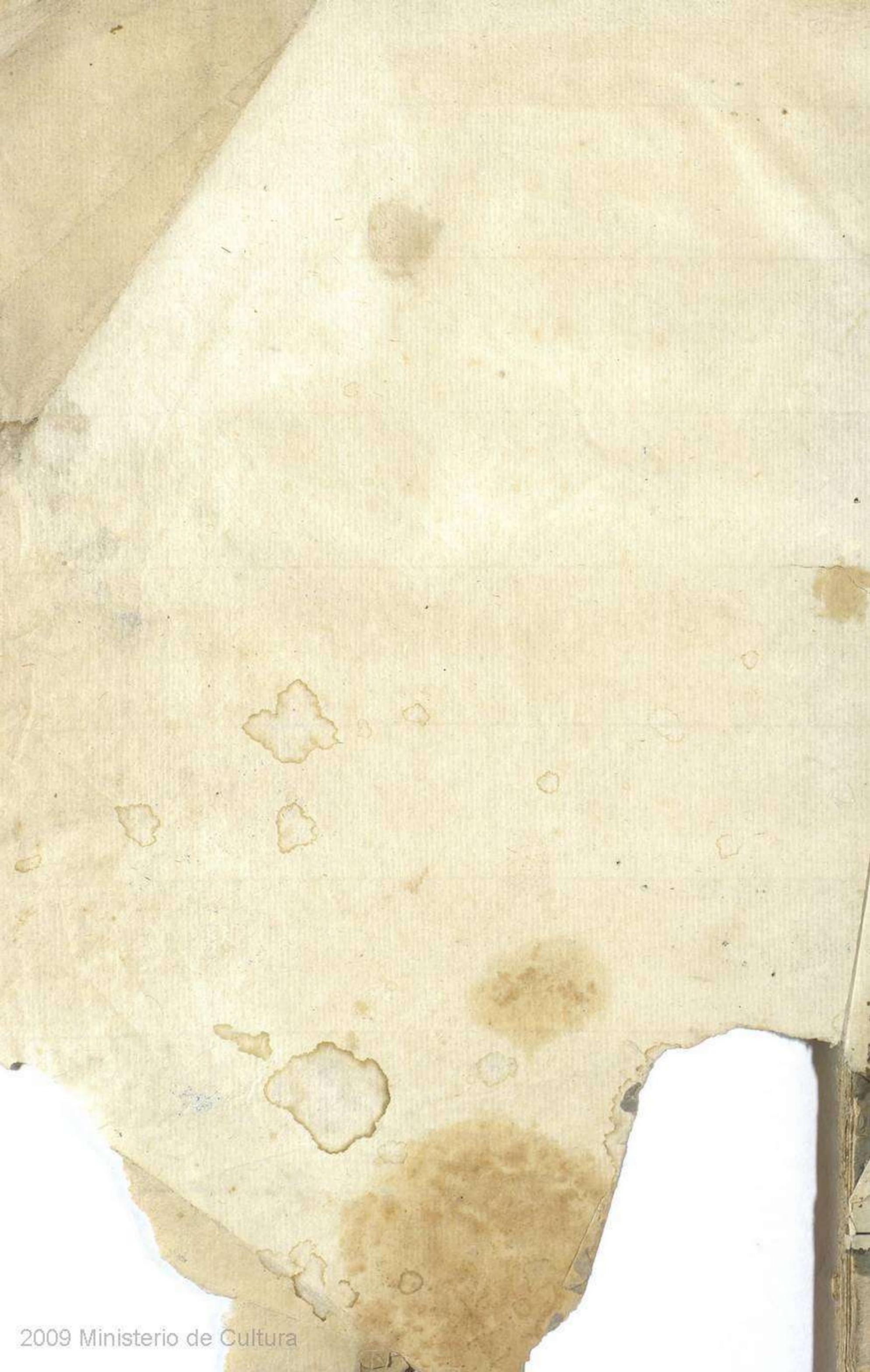


303

116

IMPR





GRITO

DE LOS AFRICANOS

CONTRA LOS EUROPEOS, SUS OPRESORES,

Ó SEA

RÁPIDA OJEADA SOBRE EL COMERCIO HOMICIDA

LLAMADO

Tráfico de Negros.

POR

TOMAS CLARKSON M. A.

TRADUCIDO DEL INGLÉS AL FRANCÉS, Y DE ESTE AL ESPAÑOL

POR DON AGUSTIN DE GIMBERNAT.



BARCELONA:

IMPRENTA DE JOSÉ TORNER.

1825.

Con licencia.



50
D-11
6151

GRITO

LOS ATENTOS

CONTRA LOS FUEROS, SEÑALES

Y

LA LEY EN LA COMISIÓN

DE

El Sr. D. Agustín de Cárdenas

por

EL SEÑOR DON AGUSTÍN DE CÁRDENAS

Presidente de la Comisión

DEL SEÑOR DON AGUSTÍN DE CÁRDENAS



IMPRESA DE

LA LEY EN LA COMISIÓN

DE

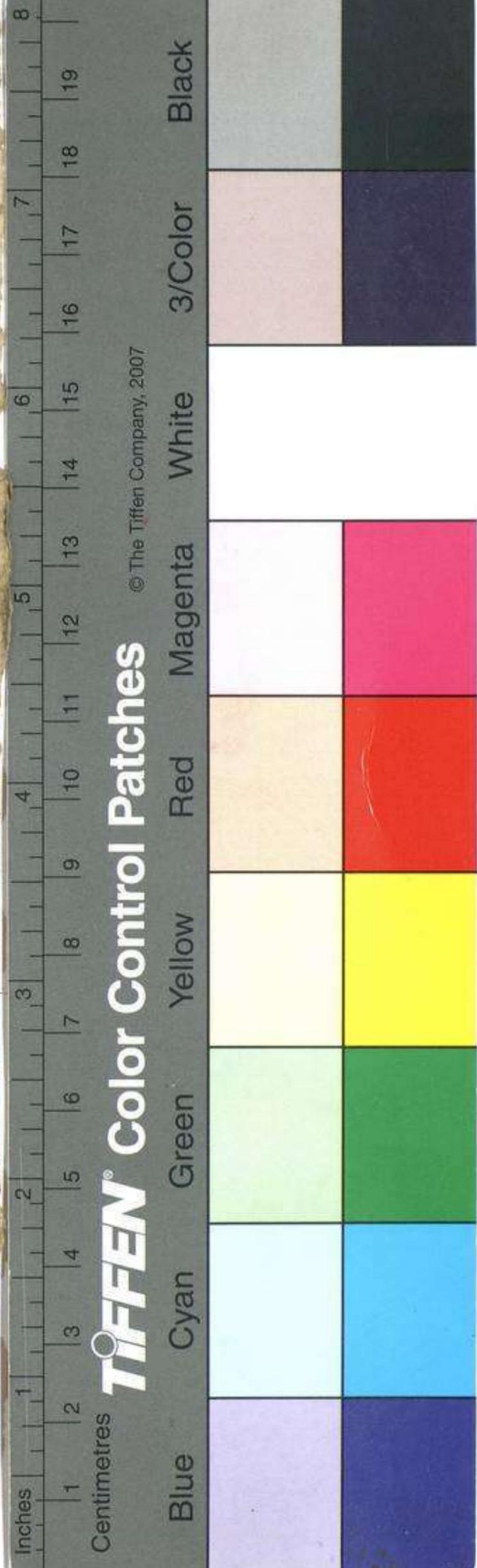
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

La publicación del escrito de Thomas Clarkson contra el tráfico de negros, debe producir los mas benéficos resultados.

Instruida la Europa de lo que real y verdaderamente es este tráfico, no puede menos de detestarlo, y de perseguir con el mayor rigor á los hombres tan inhumanos, que aun tengan la audacia de emprender este comercio de carne humana.

Pero la codicia mercantil suele no tener limite, ni arredrarse por mas que la ley amenaze con el castigo: fecunda en recursos, no escrupuliza en los medios, siempre que una crecida y rápida fortuna le ofrece los tesoros que ansía para satisfacer ampliamente todos sus deseos. El tráfico de negros presenta esta alagüeña perspectiva á las viles almas de tan codiciosos traficantes.

La opinion pública debe pues unirse á la benéfica ley que prohíbe este tráfico, á fin de que todo hombre, que contraviniendola siga haciendolo, sea considerado y tratado por todos los hombres de bien, como un ente el mas inmoral, indigno de la sociedad: como un hombre cuya



reducida instruccion, cuyo talento miserable, no le ofrece otros medios de hacer fortuna, que los medios depravados, toscos y bárbaros, de la perfidia, del engaño y de la tirania del comercio de negros.

Para lograr este objeto, conviene hacer circular con profusion el elocuente escrito de Thomas Clarkson. Todos los hombres de bien que lo lean, se convencerán que el tráfico de negros es el acto mas criminal de cuantos puede el hombre cometer: y todos ellos se horrorizarán en tener por pariente ó por amigo á un hombre tan depravado que se dedique todavía á este bárbaro tráfico.

A fin de que los Españoles conozcan bien lo que es en realidad este tráfico, á fin de que le odien de veras, y lo abandonen enteramente, he creido oportuno traducir á nuestro idioma el escrito de Thomas Clarkson, é imprimirlo para que circule mas entre nosotros: poniendo en notas el texto latino de las citas que el autor hace de la Sagrada Escritura y apóstoles.

El haber leído en el diario de Barcelona del 4 de marzo, que los comisarios español é ingles de la comision mista sobre negros, establecida en la Habana en cumplimiento del tratado para la abolicion del tráfico de negros celebrado entre el Rey N. S. y S. M. B. han condenado el 23 de diciembre de 1824 un negrero español llamado el Relámpago capitan Garay con 153 negros, me ha convencido mas de la necesidad de esta traduccion.

Que ella, tal cual es, contribuya en producir los benéficos efectos que los hombres de bien de todas las naciones desean, es la única mira que me he propuesto.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Nos es sumamente doloroso en la pintura que del tráfico de negros presentamos al público, no poder ofrecer mas que crímenes atroces, y tratamientos bárbaros. Preveemos la admiracion y espanto que muy á menudo causará la lectura de este escrito. El lector indignado exclamará. ¡Es posible que la naturaleza humana sea capaz de tanta atrocidad! Muchas veces llegará á dudar de la verdad de los hechos que referimos. Consideramos pues oportuno, indicarle las fuentes que nos han suministrado estos hechos. No hay europeo ilustrado que no conozca al famoso viagero ingles Mungo

Park, que no esté instruido de sus laboriosidades, y no sepa, que hasta ahora, nadie ha dudado de la veracidad de sus relaciones. La autoridad pues de este viagero es la que mas apoya los hechos que referimos. Pero no nos hemos ceñido á esta sola autoridad; hemos recurrido á otra, que es igualmente muy respetable, á saber. El resumen de los interrogatorios relativos á este tráfico, verificados por una comision general de la cámara de los comunes en los años de 1789 y 1790, publicado de orden del parlamento británico. Este resumen contiene la declaracion de diferentes personas que estuvieron en África por mera curiosidad, ó por traficar con esclavos. Estas personas fueron primero examinadas por la comision de la cámara de los comunes, en cuyo exâmen empleó tres años, y despues sufrieron nuevo interrogatorio por parte de los interesados en defender el comercio de negros. Juzgamos ser de nuestra obligacion el observar de paso, que aunque los hechos tristes que referimos, son únicamente relativos al tráfico verificado por ingleses, antes del acta del parlamento que le ha abolido, no dejan por esto de ser tambien aplicables á este tráfico en general hecho por otras naciones. Siendo siempre uno mismo el resultado, importa poco que los tales traficantes sean Ingleses, Franceses, Españoles, Portugueses ú Holan-

deses. ¿Acaso la naturaleza del hombre, no es en todas partes la misma? Los males del tráfico de negros, no son eventuales; son males inseparables de este tráfico. Una sola reflexion nos convencerá de ello. El tráfico de negros tiene por único objeto la adquisicion de una mercancia para venderla con ganancia. ¿Que mercancia es esta? Esta mercancia, no es otra, sino criaturas racionales como nosotros: hombres, mugeres y muchachos. Nadie dudará que los que hacen oficio de vender estos infelices á los codiciosos europeos, no practiquen todos los medios imaginables, por atroces que sean, para adquirir la mercancia de este odioso comercio.

La Sagrada Escritura nos manifiesta que luego que en Egipto se abrió un mercado de hombres, los hermanos de Josef se apoderaron de él, y lo vendieron á comerciantes egipcios. Cuando en Asia y en la antigua Grecia se abrieron iguales mercados, la tierra y la mar, dice la historia, se cubrieron de piratas y de canalla, que aprisionando incautas victimas traficaron con la libertad de estas. Efectivamente, donde el hombre sea tratado como mercancia, alli la codicia mercantil cometerá todos los crímenes que mire necesarios para obtenerla. El parlamento británico quedó tan convencido de esta verdad, despues de haber atentamente exâ-

minado todas las pruebas que se le presentaron, que declaró, que como hombres y como cristianos, no podian tolerar mas tiempo el tráfico de negros. Por fin, debemos hacer observar á nuestros lectores, que en esta obra no hablamos sino del tráfico de negros en África y en los navíos negreros, y que nada decimos de los crueles padecimientos que sufren los desgraciados negros, despues que se hallan esclavos en las colonias europeas de las indias occidentales.

EL GRITO DE LOS AFRICANOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Diversos modos con que los Africanos son reducidos á la esclavitud. Como es que los habitantes de lo interior del África son mas civilizados que los habitantes de las costas.

La mayor parte de los esclavos que los Africanos venden á los Europeos, son prisioneros de guerra. Segun refiere Mungo Park, las guerras en África se verifican de dos modos diferentes. Unas, como las de Europa, son públicas, haciéndose con la precedente declaracion, y estas guerras suelen terminarse en una sola campaña. Los enemigos se atacan, y el vencido, nunca piensa en reunirse para sostenerse; el terror pánico se apodera de él, huye en desorden, y el vencedor no se ocupa mas que en hacer prisioneros, los cuales envia á los mercados de esclavos, conforme se presenta oportunidad. La otra especie de guer-

ra, se llama en África *Tegria*, que quiere decir robo ó pillage, y consiste en expediciones que sin preceder declaracion, se emprenden unicamente para robar hombres, mugeres y muchachos. Estas expediciones son las que suministran gran número de prisioneros que alimentan el tráfico de negros: y se hacen mas ó menos considerables, segun las circunstancias, pero regularmente se componen de 400 á 500 hombres de á caballo, armados de arcos y flechas. Estos robadores se ocultan tras los árboles, y al pasar algun infeliz se arrojan cual tigres sobre él, lo arrastran á lo interior del bosque, y llegada la noche se llevan esclavos á todos los que han cogido.

» Estas expediciones, dice Mungo Park, suelen hacerse con el mayor secreto. Juntanse una multitud de hombres audaces, capitaneados por el mas valiente y atrevido, atraviesan silenciosamente los bosques, y se dejan caer por la noche sobre un pueblo indefenso, cuyos habitantes sorprendidos son arrebatados con cuanto tienen, antes que de los pueblos vecinos puedan socorrerlos. Una mañana hallándome en Kamalia, una compañía de estos robadores nos dió el mayor susto. El Rey de los Foulahs á la frente de 500 caballos penetró con el mayor silencio por los bosques que están al sud de Kamalia, y á la

madrugada habia ya robado tres aldeas, que eran de Madigaie, poderoso gefe de la nacion de Jallonkadoo.»

»El buen resultado que tuvo la sorpresa del Rey de los Foulahs, animó al gobernador de Bangassi, aldea de los mismos, á invadir parte de este país. Habiendo reunido 200 de sus vasallos, y atravesado de noche el rio Kokow, se trajo infinidad de prisioneros. Algunos habitantes que escaparon, se refugiaron á los bosques, valles y montes, pero fueron presos por los Mandinguas. Estas bárbaras expediciones, producen funestas represalias. Cuando para este efecto no puede reunirse una crecida fuerza, se avienen algunos amigos, entran en territorio enemigo, sorprenden los habitantes, y llévanse los que pueden. Los mercados de esclavos ofrecen un medio mas de satisfacer las venganzas particulares: y de esta suerte se perpetuan los odios hereditarios, los odios de nacion á nacion, de tribu á tribu, de aldea á aldea, y muchísimas veces de una familia á otra.»

Tales son los medios de que se valen para proveer de esclavos á los Europeos en todos los países de aquel continente que Mungo Park ha visto, y el resumen de los interrogatorios relativos al tráfico de negros, impreso de orden del

parlamento británico, confirma que estas expediciones, llamadas *tegría*, se verifican igualmente en los demás países de África que no vió Mungo Park. Dichos testigos nos dicen, que en estos países cuando sus gefes ó reyesuelos necesitan géneros de Europa, envían á sus soldados para que pillen gentes, y con ellas compran los géneros que desean. Los soldados atacan de noche una aldea, á veces para poner mayor confusion la incendian, y al huir de las llamas los habitantes caen en manos de estos soldados. Está tambien justificado que se reúnen gentes armadas para cometer iguales robos por tierra y por mar: pillan cuanto encuentran, personas y muebles, y todo se lo llevan consigo. Si estas expediciones son reducidas, se llaman *Panyar*; cuyo nombre se usa mucho en las costas, particularmente en la de Oro, el significado es el mismo que el de *tegría* mas usado en lo interior del país.

Antes de continuar relacionando otros medios usados para proveer de esclavos á los Europeos, permítasenos hacer una corta digresion relativa á lo que se acaba de leer.

Los hombres interesados en este tráfico alegan para justificarse, que las guerras que los Africanos se hacen, no se hacen por la codicia de coger prisioneros, sino por el estímulo de su na-

tural feroz. En hora buena que algunas guerras publicamente declaradas, no se emprendan con ese motivo ostensivo. ¿Pero quien creerá que las excursiones de que acabamos de hablar, no se emprendan con solo la mira de robar gentes para hacer esclavos y llevarlos á los mercados? Hemos dicho que estas excursiones son las que suministran gran número de prisioneros, que son el mas productivo manantial de este tráfico; y debemos añadir un hecho importante, que el resumen de los interrogatorios arroja de sí. Hecho plenamente confirmado, á saber. Que la frecuencia de estas criminales expediciones sigue la razon directa de los navíos negreros anclados en aquellas costas. Obsérvese ademas, que las guerras de África no han de considerarse como las de Europa. En África las guerras son mas crueles á causa del espíritu de represalias que incita á los dos partidos rivales; espíritu codicioso, cuyo objeto no es otro que la ganancia que ofrece el tráfico de negros. Estas guerras en África son por esto horribilmente destructivas y sangrientas, pues en ellas se mata sin compasion á los viejos y viejas que por su edad son invendibles. Estas guerras se diferencian mas tristemente aun de las de Europa, en no tener término; y este es seguramente su mayor mal. ¿Qué Europeo, al ver

su patria invadida por huestes extranjeras, no esclama interiormente que la guerra es el mayor azote que aflige á la desgraciada humanidad; pero que al mismo tiempo, no se consuele con la esperanza de que este azote tendrá fin? ¡Cuanta lástima no han de causarnos, pues, estos desgraciados Africanos, sobre quienes se desploma una eterna desolacion! Mientras siga el tráfico de Negros, la Europa y el África verán en su seno, nuevas ó continuas generaciones de opresores, y nuevas generaciones de oprimidos.

Los traficantes en esclavos, no se han contentado, para satisfacer su criminal codicia, con fomentar estas crueles hostilidades. Al paso que esta codicia se ha ido aumentando en ellos, les han ido acudiendo nuevas ideas de maldad para satisfacerla, y han llegado á pervertir entre aquellos habitantes hasta la administracion de la justicia: cuya infamia les ha proporcionado nuevas víctimas. Cuando aquel continente fué por primera vez visitado por los Europeos, los castigos no eran crueles; el sencillo y natural genio de aquellos Africanos los proporcionaba á la gravedad de la culpa. Pero despues, la jurisprudencia Africana se arregló conforme á los codiciosos intereses del inhumano comerciante de Negros, y en el dia se castiga con la esclavitud has-

ta las faltas mas leves. El crimen de brujería es el que mas ganancia produce á los caudillos de aquellas gentes; pues el procedimiento en estos juicios es expedito, porque entre ellos no admite prueba alguna razonable, y porque la condenacion en este delito impone la venta del reo con toda su familia.

Los tramites judiciales que en estas causas se siguen, consisten en poner al acusado á la prueba llamada del agua roja. Si bebe el agua que le presentan, sin sentir dolores, le declaran inocente: si, como sucede cuasi siempre, pues el agua es envenenada, el acusado no puede resistir los dolores, cae enfermo ó muere, su familia se vende á los Europeos, y el acusado tambien, si cura de la bebida. Este modo de juzgar y de sentenciar, es de los mas horribles, pues da la muerte á muchísimos acusados, y reduce á la esclavitud á muchísimos mas sin ser acusados. Un testigo de vista declaró ante el parlamento británico, que un dia vió al rey de Sherbro hacer perecer de este modo á seis infelices acusados de brujería; de lo cual resultó á mas de estos seis homicidios, seis familias condenadas á los horrores de la esclavitud á la otra parte del mundo. Está igualmente justificado que en uno de los distritos marítimos, el tercio de las desgraciadas víctimas ex-

portadas esclavas, fué vendido por crimen de brujería. Fácil es conocer que para conseguir el mayor número posible de estas sentencias, se forjan crímenes, se multiplican acusaciones falsas: y aun se incita por infames promotores á que algunos crédulos se den á estas supersticiones.

Entre las causas que producen la esclavitud en África, cuenta Mungo Park el hambre. Se han visto negros venderse ellos mismos para tener que comer; y hasta á los padres vender por lo mismo á sus hijos. Pero aunque el hambre produce tan deplorable efecto, no obstante, si creemos á Mungo Park y á otros viageros, su principal causa debe atribuirse al tráfico de negros, porque este es el que hace que exista tal nueva clase de esclavitud. Las continuas excursiones llamadas *Tegria* ó *Panyar*, las falsas acusaciones, las arbitrarias condenas de los jueces ó gefes, las provocaciones al crimen, todas estas causas reunidas, han contribuido á paralizar en estos países los progresos de la agricultura. El Africano que no está seguro de su persona, no está en ánimo de cultivar mas tierra que la necesaria para su subsistencia: cuando siembra su campo, ignora si en la cosecha se hallará en su país para recogerla. Añádase á esto, que las expresadas excursiones devastadoras arruinan las casas ó chozas y

los arrozales que están contiguos; de suerte que los desgraciados habitantes, que huyendo se escondieron en los bosques, cuando vuelven no encuentran que comer; y el hambre les precisa hacerse esclavos.

Tambien cuenta Mungo Park entre las causas de la esclavitud, las deudas ó la insolvencia. En estos casos, lo mismo que en los cástigos de los delitos, se ve con el mayor dolor, cuan indignamente se han pervertido las primitivas leyes de este desgraciado continente; pues sus gefes han adaptado las costumbres y las leyes á los intereses del tráfico inhumano. En África el acreedor tiene derecho, no solo de vender como esclavo á su deudor, mas tambien, caso que este se oculte ó escape, de vender á cualquiera individuo de la familia del deudor, y caso que no encuentre individuo alguno de ella, puede coger, á la buena de Dios, al primer habitante que encuentre del pueblo del deudor, y cobrarse la deuda vendiéndolo como esclavo. Los capitanes de los navíos negreros se valen de otro medio para asegurarse del pago de lo que se les debe; entregan una partida de géneros á factores negros que los transportan á lo interior, obligándose á volver con un determinado número de esclavos. Pero los capitanes europeos se aseguran de esta obligacion

tomando en rehenes á muchos hijos de los factores, ó parientes suyos, que formen el valor de los géneros entregados. Estos rehenes se guardan á bordo de los navíos: y si no se cumplen rigurosamente las estipulaciones, quedan esclavos. Luego que los rehenes están á bordo, los factores empiezan su expedicion con la mayor actividad, porque el amor á su familia les estimula á no perder tiempo y á volver en la época prometida. Suele muchas veces acontecer, que estos factores que van por esclavos, son cogidos por otros factores en su viage, y conducidos presos á otro mercado, donde son vendidos; de suerte que mientras un negrero se los lleva esclavos, otro se lleva del mismo modo á su inocente y desdichada familia.

Seria nunca acabar si refiriésemos todos los fraudes, violencias é injusticias que resultan comprobadas en el resumen de los interrogatorios relativos al tráfico de negros, y que son el fomes de este inhumano comercio. Colíjase cual será la funesta eficacia de estos medios, habiéndose justificado que el número de los esclavos transportados de África á las Indias Occidentales asciende de 60 á 1000 anualmente.

Una importante cuestion se presenta digna de discutirse, porque ella nos dará á conocer mejor

el caracter de los Africanos, y el de los Europeos traficantes de negros. Todos los viajeros convienen en que generalmente los habitantes de lo interior de África, son mas bondadosos, mas honrados, mas industriosos, y por lo comun mas civilizados, que los habitantes de las costas. ¿Qué causa produce estos efectos? La respuesta se ofrece por si misma.

Los habitantes del interior hacen ellos solos el comercio de los esclavos, sin tratar con los europeos. No saben de este comercio, sino que lejos de su pais hay mercados, donde los esclavos que ellos venden, se revenden á navíos extranjeros: pero ni ellos ven estos navíos, ni menos saben de donde, ni cuando vienen. Es verdad que la noticia que tienen de los tales mercados, es un aliciente poderoso para aprovecharse de las ocasiones que se les presentan de satisfacer sus venganzas y codicia: pero como entre estos, no se encuentran, como entre los habitantes de las costas, negreros de Europa que los seduzcan, y aviven sus crueles pasiones dándoles á beber licores fuertes, y valiéndose de otros medios atroces, incitándolos á todo género de excesos, resulta que este tráfico en lo interior del África, nunca tiene un curso forzado, y cuasi siempre se mantiene en una misma proporcion. Asi es que aunque las ex-

pediciones bárbaras de que hemos hablado, son siempre demasiado reiteradas aun en lo interior, son pocas en comparacion de las que se hacen en las costas: mas frecuentes en las fronteras de diversos estados, pero mas raras entre habitantes de una misma tribu. En lo interior del pais se verifican pocas veces las acusaciones hechas con el único intento de hacer esclavos. Resulta de todo lo dicho, que en lo interior de África se cometen menos crímenes, y que hay mas seguridad personal, y por consiguiente que sus habitantes son mas bondadosos, menos fieros que los habitantes de las costas, y que las tierras se cultivan allí mas y mejor.

Añádase á lo dicho, que el tráfico de Negros en las embocaduras de los rios y en las costas es dirigido por los mismos Europeos. Los habitantes de estos distritos tienen á la vista los navíos negreros cargados con cuantos géneros necesitan y apetecen, los cuales se dan en cambio de hombres, mugeres y muchachos. Está pues la tentacion en aquellos parajes, allí se ofrece satisfacer prontamente los deseos de sus habitantes. Apenas uno de estos fatales navíos ha echado su ancora, que se desatan la seducccion, la avaricia, la venganza y demas pasiones funestas que perturban el corazon humano. El pabellon de un navío

negrero , es la llamada de todos los crímenes. Un testigo interrogado por el parlamento británico, ha declarado , que cuando hay en la costa navíos negreros , ningun habitante sale de su casa sin ir armado ; y que habiendo preguntado á un habitante , porque, no estando en guerra, iba armado, le contestó , silencioso, señalándole con la mano un navío negrero. Aquellas gentes , temen todas ser llevadas á los navíos y presas allí por esclavos ; pues los negreros nunca se informan si los esclavos que les venden son legítima ó ilegítimamente presos. El parlamento británico ha oido á algunos de estos comerciantes de negros confesar sin empacho , que ellos compraban indistintamente cuantos hombres , mugeres y muchachos les llevaban, sin meterse en cómo habian sido hechos esclavos , ni si el vendedor podia venderlos: *basta , añadian , que los habitantes nos los vendan , para que nosotros los compremos.*

¡ Felices hubieran podido llamarse aun los negros de África , si la plaga de este comercio inhumano , se hubiese dejado á su curso natural, y si los negreros no le hubieran dado un culpable impulso con los medios que ellos mismos han fomentado ; medios los mas vergonzosos y criminales. Pero ¡ ah ! ¿ qué puede esperarse de unos hombres que dejan su patria para ir á remotos

paises á arrancar de ellos á otros hombres, sus semejantes, para especular con la esclavitud de estos? ¿Puede nadie creer que tales especuladores escrupulizen en los medios de conseguir su objeto codicioso? Los hechos, como vamos á probar, justifican demasiado nuestra triste reflexion.

Es sabido que los pueblos incivilizados, todos tienen una loca pasion por los licores fuertes; pasion que aumenta con el uso de ellos y que acaba en un hábito incorregible. Vamos pues á ver en todo su horroroso aspecto la infamia de los negreros europeos contra los infelices Africanos. Estos Europeos, que están bien instruidos de la pasion de los Africanos por los licores fuertes, se valen de ella para mejor satisfacer su criminal codicia. Convidan á comer á los gefes del pais, y los emborrachan expresamente para conseguir de ellos, que en aquel estado de embriaguez expidan, sin reflexionar lo que hacen, ordenes á sus tropas para ir á pillar hombres y traerlos esclavos. Ni aun con estos medios se contentan los negreros; fomentan guerras entre los pueblos vecinos que están en paz, y prolongan cuanto pueden las ya existentes. A este fin proporcionan *generosamente* á unos y otros partidos armas y municiones: miran con regocijo como se atacan, y despues se cobran con prisioneros

de uno y otro partido. Pero la audacia y la perversidad de los negreros ha llegado al punto de robar ellos mismos aquellos infelices habitantes, siempre que han visto la ocasion favorable, sin exponerse á ser descubiertos, ni á sufrir represalias. ¿Cuántas veces se han apoderado de canoas con gentes, que sorprendieron solas en los rios, y en la costa, llevando las infelices victimas á la patria de la esclavitud.

¿Si esto sucede, qué extraño es que entre los habitantes de las costas haya tan poca industria? ¿Nos admiraremos verlos tan poco adelantados en la civilizacion! El autor de la historia de la Jamaica, M. Bryan Edwards, aunque, como colono de América, interesado en sostener el tráfico de negros, ha tenido la ingenuidad de confesar, que este tráfico ha reducido á una gran parte del continente Africano en un vasto campo de asesinatos y de desolacion, en un bosque cuyos habitantes se destrozan entre sí, en un teatro de fraude, de pillage, de opresion, y de sangre: cuya pintura, dice el mismo autor, se la han hecho sus propios esclavos traídos de África.

¿Cuan melancólicas ideas excita esta horrorosa pintura demasiado conforme á lo que hemos dicho ya! ¿Pero cómo se aumenta la tristeza de nuestro corazon, al reflexionar, que tantas atro-

ciudades las cometen hombres que se llaman cristianos!

CAPÍTULO II.

Moralidad é intelectualidad de los Africanos. Refutación del argumento que pretende hacerse de la supuesta inferioridad de su naturaleza. Porque son los Africanos inferiores á algunos pueblos en los grados de civilización.

Del modo que se ha explicado se arrebatan anualmente de su patria de 60 á 1000 hombres, se les separa de sus familias, de sus amigos, y se les transporta, sin esperanza de volver, á lejanas regiones, condenados con su posteridad á trabajar incesantemente para utilidad de los tiranos sus opresores. Si estos desgraciados Africanos son hombres como nosotros, si tienen las mismas pasiones que nosotros, si piensan y sienten como nosotros pensamos y sentimos, merecen igualmente nuestra compasión. Cuando oímos los dolorosos gritos de un animal cualquiera, nos incomodamos y le compadecemos: percibimos dentro de nosotros mismos cierto movimiento que nos indica la analogía que existe entre el dolor que vemos padecer á otros, y el dolor que

padecemos nosotros mismos. ¿Y será posible que miremos el cúmulo de males que oprime á una nacion inocente y que no puede ofendernos, sin interesarnos por ella: qué la abandonemos, sin tomar la defensa del infortunio?

Los negreros, acusados por los remordimientos de su conciencia, procuran sofocarlos con especiosas razones. La principal á que acuden, es decir, que los Africanos son de diferente naturaleza que la nuestra: que no tienen las facultades ni los sentimientos que los demas hombres, y que deben tratarse como brutos. En prueba de ello, añaden, que los Africanos, al cabo de tantos siglos que se conoce su continente y se viaja por él, no han progresado en la civilizacion, como han progresado los demas pueblos. Este argumento se refuta completamente con la autoridad de los viageros célebres, que solo por el bien de la humanidad y con deseos de adelantar las ciencias han corrido y examinado este vasto continente. Veamos primero, si es verdad que los Africanos no tienen carácter alguno moral.

»Mungo Park nos dice, que el carácter violento de los Feloops, está modificado por muchas cualidades apreciables. Son sumamente agradecidos, muy afectos á los que les hacen bien, y muy fieles en los encargos que toman. Uno de los

primeros preceptos que las madres Mandinguas dan á sus hijos, es *amar la verdad*. Al saber una de estas madres que su hijo habia sido muerto por los Moros en Euningkedy, se consolaba en su tristeza, exclamando, *mientras mi hijo ha vivido, jamas faltó á la verdad*. El Africano perdona mas facilmente las injurias que le hacen á él mismo, que las que se hacen á sus padres. El vulgo usa siempre de esta expresion, *pégame á mi, pero respeta á mi madre*.

La sensibilidad y mutuo afecto de los Africanos, se ve en la siguiente relacion del mismo Mungo Park:

»A eso de las dos descubrimos Jumba, patria del herrero (era el negro que acompañaba á Mungo Park) que hacia cuatro años estaba ausente. Luego vimos á su hermano, que habiendo sabido su llegada, salia á recibirle en compañía de un cantor, trahiendo un caballo para que con él hiciese una entrada distinguida en el pueblo, y nos encargó que cargásemos nuestros fusiles. El cantor iba adelante abriendo la marcha, seguian los dos hermanos, y al instante se nos juntó mucha gente del pueblo. La mayor algazara, los cánticos y danzas, mostraban la complacencia que todos tenian en volver á ver á su paisano. Llegados á la aldea, el cantor empezó á entonar

una canción que él había compuesto de repente en alabanza del herrero, elogiándole por su intrepidez en vencer dificultades y en exponerse á tantos peligros como se había expuesto, concluyendo con exhortar á sus amigos que le diesen un espléndido festin.

»Cuando estuvimos en la casa del herrero, nos apeamos é hicimos una salva con nuestros fusiles. El encuentro con sus parientes fué de lo mas tierno; pues estos habitantes criados naturalmente, explican sus sentimientos con las mas expresivas demostraciones. En medio de los transportes de recíproco cariño, condujeron á su vieja madre, ciega, apoyada con un baston, y todos se apartaron para dejarla pasar. La vieja alargó los brazos para abrazar á su hijo, y le estrechó afectuosísimamente. Esta escena me causó la mayor complacencia, y ví que si la naturaleza ha puesto alguna variedad en la configuracion de los rostros, y en el color de la piel de los hombres, ninguna ha puesto en la expresion de los sentimientos del sencillo corazon humano.»

El mismo viagero nos presenta ejemplos de la hospitalidad y conmiseracion de los Africanos para con los viageros que necesitan su auxilio.

»Una mañana, dice, estando yo recostado en tierra, sin saber que hacer, (esto sucedió en el

país de Rajaaga) pasó por junto á mi una esclava vieja con un cesto en la cabeza, y me preguntó, si yo tenia que comer.

„Pensé que se burlaba, y no contesté; pero un muchacho que allí cerca estaba le dijo, que las guardias del rey me habian robado todo el dinero. La vieja al oir esto, me miró con una expresion muy compasiva, bajó el cesto que contenia nueces, y me dijo, si queria comer de ellas. Manifestéla que si, y luego me alargó unos cuantos puñados, y, sin darme lugar á que la agradeciera su caridad, se marchó. Esta ocurrencia, por indiferente que parezca, me causó la mayor alegría. Reflexioné con placer la tierna conducta de esta pobre esclava, que sin pararse en cual podia ser mi carácter ó circunstancias particulares, se dejó llevar á favor mio de los caritativos sentimientos de su buen corazon. ¡Ah! esta infeliz sabía por su propia experiencia, que el hambre es un tormento doloroso; y la pobreza le habia enseñado á compadecerse de los desgraciados.”

Hallándose Mungo Park cerca de Segó, cuenta que tuvo que sentarse al pie de un árbol, sin tener que comer. La noche se preparaba tempestuosa, se levantaba un fuerte viento, y todo anunciaba un diluvio de agua. „Las fieras de

aquellos alrededores son tantas, dice, que me hubiera visto precisado á pasar la noche sobre un árbol. Anocheciendo ya, me disponia á subir en uno, y habia soltado mi caballo para que paciera á su antojo, cuando una muger, que volvia del trabajo, se paró á mirarme, y al observar mi ademan triste, me preguntó ¿qué tenia? Dijeselo en pocas palabras. Ella compasiva tomó la brida de mi caballo, y la silla, y me dijo que la siguiera. Condújome á su cabaña, encendió una lámpara, púso en tierra una estera, diciéndome que en su cabaña podia yo pasar la noche con toda seguridad. Conociendo que yo tenia hambre, me advirtió que iba á buscarme comida. Volvió á poco rato con un hermoso pescado, lo asó sobre la ceniza, y me lo dió á comer. Habiendo mi buena negra cumplido así los deberes de la humanidad con un pobre extranjero, me señaló la estera, diciéndome, *en ella podreis dormir tranquilamente*. En seguida se volvió á las demas negras de la familia, que atónitas estaban contemplándome, y las dijo acudiesen á su labor. Se ocupaban en hilar algodón, y continuaron esta tarea gran parte de la noche cantando sus canciones. Entre estas llamó toda mi atencion la que me compusieron de repente. Una muchacha cantaba sola, y de tanto

en tanto las otras la seguian formando coro: la tonada era pausada y lamentosa. Me acuerdo de las palabras, cuya traduccion literal es la siguiente: *Por el cielo el viento ruge, la lluvia cae á mares. El pobre hombre blanco débil y afligido, ha venido á sentarse debajo nuestro palmero. ¡Pobrecillo! él no tiene madre que le dé leche, ni tampoco esposa que le amase la harina.* Respondia el coro. *Tengamos compasion del pobre hombre blanco. Él no tiene madre que le dé leche, ni esposa que le amase la harina.*

„Prescindo del juicio que el lector forme de esta cancion; lo cierto es que á mi me causó una impresion tan tierna, que no puede expresarse. Tan desinteresada beneficencia, la mas grata y la mas inesperada, me hizo derramar tiernas lágrimas. No pude dormir en toda la noche. A la mañana me despedí de mi benefica negra regalándola unos pocos botones que me quedaban en mi chaleco: único presente con que pude agradecer tan placentera hospitalidad.”

Pasemos, pues nos parece haber dicho lo suficiente acerca el carácter moral de los Africanos, á su capacidad intelectual, y oigamos al mismo Mungo Park.

„En todas las aldeas algo crecidas de los Mandinguas, hay un magistrado, cuyo encargo es he-

reditario; se ocupa en mantener el orden público, en percibir los derechos que los viajeros pagan, y en presidir todas las juntas que ejercen la jurisdicción local y la administración de la justicia. Todos los procedimientos judiciales se ejercen á cielo descubierta, y con una solemnidad correspondiente. Estos tribunales, llamados *Pah-arers*, los componen los ancianos de la aldea. Las partes litigantes discuten su causa libremente, los testigos se oyen en público, y las sentencias que se pronuncian obtienen por lo común la aprobación del público que compone el auditorio.»

Hablando Mungo Park de la ciudad de Segó, dice que su población llega á 300 habitantes. »El aspecto de esta gran ciudad, la multitud de canoas que cubren el río, la mucha gente que va de una parte á otra, los campos cultivados que rodean la ciudad; todo presenta el cuadro animado de una civilización y de una magnificencia que parece imposible hallarse en el centro de África.» Extractaremos del diario del mismo viajero, los pasajes siguientes en que habla de la industria, artes y manufacturas de los Africanos. »Los blancos que visitan las costas miran á los negros en general, y á los Mandinguas en particular, como unas gentes indolentes y perezosas.

Yo creo que se equivocan. Verdad es que la naturaleza del clima es contraria á la mucha actividad. Mas sin razon se acusa de indolente á un pueblo, que no halla en las producciones espontáneas de la naturaleza, sino en las producciones de su trabajo, los medios de satisfacer sus necesidades. Pocos hombres hay mas laboriosos que los Mandinguas, cuando la ocasion lo exige; pero como rara vez se les ofrece oportunidad para aprovecharse del superfluo que les da su propio trabajo, se limitan á cultivar la tierra suficiente para su manutencion. En el tiempo de las lluvias están muy ocupados en su cultivo: cuando los calores, los habitantes vecinos á los rios se ocupan en la pesca; los demas en la caza, y las mugeres en preparar el algodón para vestidos. Primero hacen con el algodón las operaciones necesarias para hilarlo con rueca: despues los hombres lo tejen, lo vuelven á coger las mugeres y lo tiñen de azul lustroso. Cortada la tela para vestidos, la cosen con agujas fabricadas en el pais. Cuasi en todas las ciudades hay curtidores, que suelen ir de una provincia á otra para curtir cueros, en lo que tienen bastante habilidad. Hacen calzados de cuero de buey, aljabas de piel de cabra y carnero, y otros muchos objetos, como son bainas de espadas y de puñales, cintu-

rones, faltriquerás, que por lo comun tiñen de azul ó amarillo.

»No hay tantos cerrajeros como curtidores. Los negros de las costas se proveen de fierro de Europa, y por esto no se ocupan en fabricarlo: pero los de lo interior del pais, funden el fierro en varios parages en tan gran cantidad que, despues de haberse proveido de él los habitantes para armas é instrumentos, envian considerables partidas á los paises vecinos.»

»Cuasi todos los cerrajeros Africanos saben trabajar el oro, y le dan las mas finas y delicadas formas, componiendo variedad de adornos, que algunos estan contruidos con mucho ingenio y buen gusto.»

No hay necesidad alguna para que sigamos extractando los diarios de Mungo Park, ni citando la autoridad del resúmen de los interrogatorios relativos al tráfico de negros, cuyos hechos comprobados coinciden perfectamente con los pormenores que nos cuenta este célebre viagero. Creemos; que lo que se ha dicho basta, para refutar la criminal asercion de los negreros de Europa, en ser los Africanos de una naturaleza diferente de la nuestra. Hemos hecho ver que los Africanos de que hablamos, son agradecidos á sus bienhechores: fieles á la confianza que se hace

de ellos: amantes de la verdad: sensibles á las impresiones gratas y humanas de nuestra naturaleza: que son capaces de gobernarse: que tienen ciudades populosas, mercantiles y civilizadas; y por fin que no solo saben trabajar cosas comunes y ordinarias, sino tambien obras que piden talento y buen gusto. ¿Si pues los Africanos gozan como los Europeos del beneficio de un carácter moral é intelectual, qué hombre habrá, á no ser un traficante de carne humana, que aun se atreva á no querer mirarlos como á nuestros semejantes y hermanos, hijos de un mismo Dios?

Veamos ahora si es cierto que no han progresado en la civilizacion, como los demas pueblos, al cabo de tantos siglos que tratan con los Europeos.

Esta segunda cuestion puede dividirse en dos partes. En la primera, se niega los progresos de los Africanos en la civilizacion, en la otra, se les compara con los demas pueblos para decidir de su inferioridad relativa. La primera queda refutada, si es cierto que hemos probado que los Africanos han hecho en la civilizacion progresos considerables. La segunda costará poco de refutar, si examinamos el estado en que en el dia se hallan todavía muchos pueblos del universo. Vea-

mos los habitantes indígenas de las dos Americas, ó sean sus descendientes: veamos la Nueva Holanda cuyo continente iguala la extension de Europa: veamos Madagascár, Borneo, Sumatra: las islas del mar pacifico, y del archipiélago Indio. ¿Los habitantes de todos estos paises, son acaso mas civilizados que los del interior de África? ¿Es posible negar que la mayor parte de dichos pueblos son aun mas bárbaros que los Africanos?

Se dirá, tal vez, que no se habla de esos pueblos; que solo se comparan los progresos de la civilizacion en África, con estos mismos progresos en Europa. En hora buena; nos ceñiremos á esta precisa y reducida comparacion, para dar gusto á los traficantes de carne humana. Pero antes de contestar, permitasenos hacer las dos cuestiones siguientes.

1.^a ¿Cómo han adquirido los Europeos su instruccion y su civilizacion? 2.^a ¿Los Africanos han sido tan dichosos como los Europeos, en proporcionarseles iguales medios?

Para resolver estas cuestiones, no es necesario indagar de qué medios se valió la primera nacion civilizada, para elevarse al grado de superioridad á que se elevó sobre las demas naciones. Bástanos sentar, como un hecho cierto, apoyándonos con la autoridad de la historia, que las naciones bár-

baras debieron su instruccion, no tanto á sus progresos interiores y graduales, como á sus comunicaciones con pueblos ya mas instruidos que ellos. Bajo esta consideracion, los conquistadores han sido á veces los bienhechores del pais conquistado: el comercio ha producido en algunos casos, los mismos beneficos resultados, introduciendo en paises bárbaros, comerciantes y ciudadanos de una nacion civilizada; bien entendido pero, que estas comunicacines hayan tenido por base la justicia y la mutua conveniencia de los pueblos. El Egipto cuyos habitantes, segun Herodoto, tenian la epidérmis negra y el cabello crespo, el Egipto ha sido la madre y la primera patria de los conocimientos humanos. La escritura y los elementos de las ciencias fueron llevadas de Egipto á Grecia, en cuya época era esta mucho mas bárbara de lo que hoy es el África; pues se refiere que sus habitantes se alimentaban de bellotas, é ignoraban el uso del fuego, de lo que se infiere que ni sabian cultivar la tierra, ni preparar su comida, ni hacerse con las cosas necesarias al sustento de la vida. La Grecia, discípula del Egipto, favorecida por dichas circunstancias, luego elevó el entendimiento humano á la mayor cultura; de la Grecia, la civilizacion pasó á Roma: y esta soberana del mundo, esparció sobre el uni-

verso conquistado por sus armas, los conocimientos que habia recibido en la literatura, artes, y ciencias. A Roma deben España, Francia y Alemania parte de la ilustracion que hoy dia poseen.

¿Pero, en medio de todos estos grandes movimientos de la civilizacion universal, qué ventaja ha sacado el África? ¿Qué conquistadores llevaron á ella el precioso beneficio de la ilustracion? Los Romanos, es cierto, poseyeron colonias sobre el continente africano; pero solo ocupaban las costas del Mediterraneo, pues en cuanto á lo interior del continente, lo desconocieron tanto como la América: que aun no se habia descubierto.

Un océano de arena que cubre el espacio de 300 leguas de sud á norte y mas del doble de este á oeste, interrumpió toda comunicacion con el pueblo que forma el objeto de esta obra. Aunque en el siglo quinto los Mahometanos ocuparon las provincias africanas, que habian hecho parte del imperio Romano, y varias de sus tribus penetraron despues en algunos paises de lo interior, ¿qué bienes podian los Africanos sacar de estos conquistadores insolentes y feroces, sumergidos ellos mismos en la ignorancia y barbarie, é implacables enemigos de las ciencias, y de todos los progresos del entendimiento? Pero aun po-

demos preguntar. ¿Qué ventajas ha conseguido el África de su comercio con naciones mas ilustradas que ella? Ninguna. Es verdad que ha tenido relaciones, que las llaman mercantiles, con hombres que no solo pertenecian á naciones cultas, sino que se llamaban cristianos. ¡Pero que hombres eran estos! Negreros; es decir, malvados, que hubieran muerto en el patíbulo, si hubiesen hecho en Europa lo que hacian en África. En una palabra, eran unos monstruos, y no hombres. ¡África desgraciada, en tres siglos que los Europeos te frecuentan, solo has visto monstruos! ¿Cómo era posible que estos entes, oprobio de la humanidad, comunicasen bien alguno á los infelices negros de África? Figuremonos una banda de asesinos y de piratas que desembarcan en una isla, y con su criminal astucia incitan á los habitantes á que se destruyan entre sí, armando al hombre contra el hombre, al amigo contra el amigo, al pariente contra el pariente, pervirtiendo las buenas instituciones que hallaban establecidas, y cambiándolas en instrumentos de injusticia y de corrupcion: preguntamos ¿los progresos que en la civilizacion hubiera podido hacer esta isla, no serian pronto paralizados, y si estos monstruos continuasen su funesta influencia en ella, aunque fuera por pocos años, no retrogardaria luego, del

estado de civilizacion al de barbarie? Pues no ha sido otra la suerte que ha cabido á los negros de África. Sus comunicaciones con Europa moderna no han sido para ellos mas que un pestífero manantial de envilecimiento y de desmoralizacion: y en vez de amarla, deben solo maldecirla. Tales son las causas que han producido el fenómeno que hemos examinado en el capítulo precedente. Si seguimos con atencion los progresos del género humano, veremos que la civilizacion echó sus primeras raices en las orillas de los rios y sobre las costas de la mar, por ser puntos mas frecuentados, y que desde ellos las ciencias y conocimientos humanos han ido penetrando tierra adentro. Pero en África, vemos lo contrario. Los habitantes de lo interior son los mas civilizados, y los de las costas, con respecto á aquellos, están en una total barbarie. ¿De donde puede provenir tan chocante diferencia? ¿De donde puede provenir un estado de cosas tan opuesto á lo que la historia asevera, y la experiencia de los siglos confirma? Solo puede provenir de que los habitantes de lo interior de África, apenas han visto un Europeo, al paso que los habitantes de las costas, hace tres siglos que estan en continuas relaciones con estos extranjeros.

En conclusion, si las relaciones de los negros

de África con los comerciantes de Europa han tenido por mero resultado el envilecimiento moral é intelectual, si el efecto de estas relaciones ha sido, no de propagar la ilustracion, sino de extinguirla: no de mejorar la condicion de estos habitantes, sino de empeorarla, ¿cómo es posible exigir que los negros de África igualen á los Europeos en los progresos de la civilizacion? ¿Con qué osadia os atreveis, traficantes de carne humana, afirmar que estos Africanos son de inferior naturaleza, cuando vosotros mismos sois la verdadera causa de esta inferioridad, cuando vuestra asercion no prueba sino vuestra propia vileza?

Por lo que hace á nosotros, creemos haber probado que este argumento, el único con el que los negreros piensan justificar su conducta, es enteramente falso, y que solo pueden alegarlo unos hombres malvados. Tambien creemos haber probado, que los Africanos han hecho en la vida civil, todos cuantos progresos les permitian hacer las crueles circunstancias que los agobiaban; y por fin, que se hallan ya mas adelantados en la civilizacion que muchas naciones, tanto del continente de América, como del Asia, ó de las islas del oceano Indio. Si la suerte les hubiese sido mas favorable: si en vez de infames

Europeos, hubiesen frecuentado aquellos países hombres de bien: si en vez de un tráfico criminal y sangriento se les hubiese acostumbrado á un comercio legítimo y honrado, ¿qué dificultad les hubiera impedido el ser en el día una nación civilizada?

CAPÍTULO III.

De que modo los Africanos, despues de hechos esclavos, son conducidos á los navíos Europeos.

Despues de la larga digresion que hemos hecho, volvamos atrás, y sigamos las operaciones del tráfico.

En el primer capítulo, ya hemos visto los medios diferentes, por los cuales los infelices Africanos son en su patria reducidos á esclavos. Nuevo cuadro de padecimientos se nos presenta: vamos á seguir á estos infelices hasta los navíos que están esperándolos; hasta esos navíos de Europa que van á separarlos de todo cuanto mas aman, y conducirlos á remota esclavitud.

Los negros que son hechos esclavos en las orillas de los rios ó en las costas, poco tienen que andar para llegar á los navíos Europeos. Se les hace atravesar el pais á pie, atados unos con

otros por los brazos, ó bien se les lleva amontonados en el fondo de las canoas, atados de dos en dos y echados boca arriba.

Los que son hechos esclavos en lo interior del país, tienen que andar mucho terreno; pues á veces dura el viage meses enteros. Atraviesan á pie un terreno quebrado, ó unos arenales ardientes, é inmensos desiertos donde no suele encontrarse abrigo alguno. Antes de emprender estos viages, los traficantes negros que los conducen á los Europeos, suelen esperar que haya un competente número de esclavos. Reunido este número, los traficantes, inspectores, guardas, esclavos, caballerías de carga, todo se pone en movimiento. Estas especies de caravanas se llaman en África *coffles*. Suelen encontrarse por el camino muchas *coffles*, y siguen juntas. Mungo Park tuvo proporcion de viajar con una de estas caravanas; y siendo él el único Europeo que ha tenido esta proporcion, copiamos lo que él mismo vió, y refiere.

Hallábase Mungo Park en Kamalia cuando un traficante de esclavos tenia reunida una *coffle*, y se ponía en camino. »En las conversaciones que tuve con ellos, dice Mungo Park, ví que eran sumamente curiosos, haciéndome muchísimas preguntas. Al principio me miraban con horror,

y siempre me preguntaban, si era cierto que los blancos, mis paisanos, se comian los hombres. Me instaban todos que les dijese, qué se hacia con los esclavos despues que habian pasado la mar. Decíaales, que los empleaban en cultivar la tierra; pero no me creian: y uno de ellos pegando con su mano la tierra, me replicó con tono serio. ¿Acaso en vuestro pais teneis una tierra como esta que pisamos? No es posible desimpresionarlos de la idea en que estan de que los blancos compran esclavos, solo para comerlos, ó revenderlos para este fin. Cavilando en esta horrorosa suerte, miran con el mayor terror el viage á la costa; y los traficantes negros, hasta el momento de partir, los tienen siempre encadenados, vigilándolos sin perderlos de vista, temiendo que se escapen. Para impedirlo acostumbran ponerles grillos, atando la pierna derecha de uno con la izquierda de otro; y aunque pueden andar, sosteniéndose los grillos con un cordel, es muy poco á poco. Con una fuerte cuerda los atan por el cuello de cuatro en cuatro, y por la noche los sujetan ademas con esposas, y algunas veces les pasan tambien por el cuello una cadenita de hierro.

Con los esclavos que manifiestan descontento y ánimo de revelarse, se practica lo siguiente. Toman un madero de tres pies de largo, á cuyo

extremo en la parte interior abren una muesca, en la que prenden el pie del esclavo de manera que le comprimen ambos tobillos, quedando el pie encerrado en la muesca, apretándose los dos trozos del madero por medio de un hierro atravesado que oprime la canilla. Todos los grillos y cadenas son de hierro del país. Conforme iban llegando los esclavos á Kamalia, los mismos cerageros les ponian los grillos y cadenas; que no les quitaron hasta la misma mañana de su marcha para el Gambia.»

Llegó por fin este día, y Mungo Park se dispuso para ir con la caravana de esclavos. Lo primero que hicieron los traficantes negros fué quitar las prisiones á los esclavos que habian de marchar; reunidos frente la casa de Karfa, compusieron los paquetes, y señalaron á cada esclavo la carga que habia de llevar. »A nuestra salida de Kamalia, dice Mungo Park, nos acompañaron á media milla de distancia muchas gentes: los unos lloraban, los otros estrechaban tiernamente las manos á sus parientes que iban á dejar para siempre.

»Como muchos de los esclavos hacia años que llevaban los grillos, la repentina agitacion de una marcha acelerada, y el peso de los paquetes sobre la cabeza, les causaba contracciones

nerviosas en las piernas. Así es que apenas hubimos andado una milla, fué preciso desatar á dos esclavos, y dejarlos caminar mas despacio hasta llegar á Moraboo, ciudad murada, y donde muchas personas se reunieron á la caravana.

»En los tres primeros dias de marcha, una muger y una muchacha se encontraron tan fatigadas que no podian seguir la caravana. Se las azotó cruelmente, y se las llevó medio arrastrando hasta las tres de la tarde, que les dió un fuerte vómito, y se advirtió que habian comido tierra. Los negros acostumbran comerla, pero dice Mungo Park, que no sabe, si es por un gusto depravado, ó por matarse. En el estado en que se hallaban las dos negras, se las dejó echadas en el bosque paraque descansaran, guardándolas tres personas que las condujeran al pueblo de Kinitakooro, adonde nos dirigíamos; pero llegaron á él á las doce de la noche, tan estenuadas, que el traficante de Bala, á quien pertenecian, desistió de hacerlas seguir el camino, y se volvió á su pueblo con ellas, esperando la oportunidad de otra caravana.

»Cuando entramos en Kinitakooro, que es la primera aldea fronteriza del pais de los Mandinguas, dice Mungo Park, se observó una etiqueta mas rigurosa que la observada hasta allí. Todos

tuvimos orden de ocupar nuestros puestos, y entramos así en forma de procesion. Abrian la marcha cinco ó seis cantores que pertenecian á la caravana, seguian los demas hombres libres, en pos venian los esclavos atados de cuatro en cuatro, segun costumbre, con una cuerda al cuello. Entre cada cuatro esclavos iba un hombre con una azagaya: los esclavos que eran criados seguian detras, y cerraban la procesion las mugeres de condicion libre, las esposas de los traficantes negros, &c., &c.

De Kinitakooro, la caravana entra en el desierto de Jallonka, y pasados los rios de Wonda y de Co-meissang, se paró en un gran bosque donde hizo noche; y á la mañana siguió el camino.

El 24 de Abril, antes de apuntar el dia (dice Mungo Park) los Bushreens, que en África son los sacerdotes Mahometanos, hicieron la oracion de la mañana; la mayor parte de las personas de condicion libre, bebieron un poco de *mening* (especie de puches), que tambien dieron á los esclavos que se mostraban menos dispuestos para aguantar las fatigas del dia. Una de las esclavas que pertenecia al traficante Karfa, estaba abatida y desesperada, y no quiso beber el *mening* que le presentaron. Luego que se hizo

dia, nos pusimos en marcha. Anduvimos toda la mañana atravesando un terreno desierto y tan quebrado, que me estropeó de tal modo los pies, que creí imposible seguir la caravana lo restante del día; pero saqué fuerzas de flaqueza, al considerar que los demás se hallaban, por lo menos, tan fatigados como yo. La esclava que no quiso beber el *mening*, empezó á quedarse atrás quejándose de un fuerte dolor en las piernas. Se la quitó el fardo que llevaba, poniéndolo á otra esclava, y se le mandó pasar á la cabeza de la caravana. A eso de las once, estando todos descansando á orillas de un río, habiendo algunos de la caravana descubierto una colmena en el hueco de un árbol, fueron á sacar la miel; pero de improviso se arroja de la colmena tan formidable enjambre, que no he visto otro igual. Las abejas envisten rabiosas á toda la caravana, y nos dispersan por todos aquellos campos, clavándonos terribles aguijonazos. La general alarma que se movió con este suceso, me asustó al principio, creyendo que algunos esclavos se habían desatado. Por fin, las abejas nos dejaron y todos quedamos curándonos las heridas: pero echamos de menos á la pobre Nealea; que así se llamaba la esclava de que hablábamos. La precipitada dispersion causada por las abejas obligó á muchos

esclavos á tirar sus fardos, y para recojerlos se envió á varios criados, teniendo la prevencion de encender la yerva seca, de modo que el humo diese á la colmena del árbol para impedir que las abejas volviesen á salir. Los criados protegidos por el humo recogieron sin daño los paquetes ó fardos, y aun trajeron á la pobre Nealea, que hallaron tendida junto un arroyuelo. La infeliz estaba rendidísima, se habia ido arrastrando dentro el arroyuelo, creyendo que mojándose el cuerpo, las abejas no la picarian; pero se engañó, porque la maltrataron cruelmente. Sacaron á la infeliz todos los aguijones que le encontraron clavados en su cuerpo, la lavaron con agua, y la frotaron toda con hojas: pero no quiso andar, diciendo que no daria un paso. Se la rogó, se la amenazó inutilmente, y habiéndola dado de latigazos, sufrió algunos con paciencia, y luego se levantó de repente, se puso á andar, y siguió marchando bastante bien de cuatro á cinco horas, al cabo de las cuales intentó escaparse de la caravana; pero su debilidad era tanta que se cayó. Entonces por mas latigazos que la sacudieron no quiso levantarse. El traficante Karfa, viendo el estado y obstinacion de Nealea suplicó á dos traficantes negros que la pusieran sobre el macho que llevaba las provisiones secas: mas

era imposible que ella se sostuviese por sí sola, y como el animal era falso, no pudo llevarse de aquella suerte. Se iba haciendo tarde, y los traficantes no queriendo dejar la esclava, armaron una como litera de cañas de bambu, pusieronla encima atada con córtizas; y dos esclavos cargaron con la litera, acompañados de otros dos para ir alternando. Llegamos de noche cerca un torrente al pie de una colina llamada Gankerankooro, donde cenamos y dormimos. Como desde la noche anterior habíamos comido solo un puñado de harina, y habíamos andado todo el día sufriendo un ardiente sol, muchos esclavos que llevaban fardos en la cabeza estaban extenuados de cansancio, y algunos crujián los dedos; que entre los negros es indicio de desesperacion. Los traficantes que lo oyeron, inmediatamente pusieron grillos á todos los esclavos, y separando á los mas desesperados les añadieron esposas. A la mañana siguiente se hallaron todos algo mejor.

El 25 de abril, al amanecer, la pobre Nealea se hallaba un poco aliviada, pero sus miembros estaban tan entumecidos y doloridos, que no podia moverse, ni tenerse en pie. La pusieron pues, como cadáver sin movimiento, sobre el macho, obligándola los traficantes ne-

gros á guardar aquella positura, atándola las manos sobre el cuello del animal, y los pies por debajo su barriga; pero el macho no quiso aguantar aquella carga, y como por otra parte Nealea no se ayudaba para sostenerse, luego fué tirada á tierra con tal violencia que se estropeó terriblemente una pierna. En este estado, siendo del todo inútiles cuantos medios se practicaron para llevar á esta infeliz, se levantó en la caravana un grito general, *kang tegi, kang tegi*; que la deguellen. Por no presenciar tan horrible ejecucion me adelanté con los que iban al frente de la caravana. Apenas habia andado una milla, cuando uno de los criados esclavos de Karfa, se me llegó llevando al extremo de su arco el vestido de la pobre Nealea, y gritandome *Nealée affelecteda*: es decir, *Nealea ya no existe*. Le pregunté si los traficantes negros le habian dado el vestido de aquella desdichada, en pago de haberla degollado: me respondió que Kafra y el maestro de escuela (estos son mahometanos, y hay bastantes en los pueblos de África) no consintieron en matarla; pero que la habian abandonado en medio del camino, donde pronto moriria, ó seria devorada por las fieras. Desde el 25 de abril al 31 de mayo, que no se detuvo la caravana, Mungo Park nada habla

de ella. El 31 de mayo se les reunió otra caravana de esclavos que eran de traficantes de Serawoolli, y convinieron ir juntas hasta Beniserile, capital de Dentila. Marchamos pues juntos, dice Mungo Park, adelantando rapidamente por entre bosques, hasta medio dia. Uno de los esclavos de Serawoolli dejó caer el fardo de la cabeza; se le sacudieron fuertes latigazos, volviendole á poner el fardo. Habria andado una milla, cuando volvió á tirarlo, se le sacudió de nuevo, y se le volvió á cargar. El esclavo continuó andando con mucha pena hasta las dos, que hizimos alto junto á un estanque, para tomar aliento, pues el calor nos sofocaba. Se hallaba entonces el esclavo tan rendido, que le soltaron de la cuerda que le ataba á sus tres desgraciados compañeros; pero el infeliz quedó echado en tierra inmovil. Cuando marchamos se ofreció á quedarse con él uno para guardarlo, á ver si con el fresco de la noche podria llevarlo á la ciudad de Baniseril. Nosotros llegamos á ella al caer la tarde, despues de una jornada en extremo fatigosa. A las ocho de la noche nos alcanzó el que se habia quedado guardando al esclavo: y aunque nos dijo que habia muerto, todos creyeron que él le habia asesinado, ó por lo menos abandonado vivo.

El 30 de mayo (dice Mungo Park) llegamos á Jalacotta, y hallándose un esclavo de nuestra caravana totalmente imposibilitado de andar, su amo propuso cambiarlo por una muchacha que era de un vecino de Jalacotta. Esta desgraciada criatura, ignoraba la suerte que se le destinaba, hasta el mismo instante que se reparaban los paquetes con que se cargaba á los esclavos, y en que la caravana empezó á andar. ¡Qué dolor! Esta inocente criatura, rebosando salud por todo su cuerpo, tierna y festiva, se estaba tranquila con sus amigas mirando como marchaba la caravana; cuando de golpe su bribon de amo la toma de la mano, y la entrega al cantor de nuestra caravana. Jamas se ha visto tan amable serenidad de alma, cambiarse de golpe en tan profunda é intensa turbacion: todos sus miembros quedaron temblando, apoderándose de ellos una general convulsion al ponerla en la cabeza el pesado paquete, y al pasarla por el cuello la fatal cuerda. El lastimero á Dios que dió á sus compañeras, fué la mas tierna despedida de los corazones sensibles.

La caravana continuó su marcha hasta el 5 de junio, en que llegó á un parage llamado Jindey. El comercio de negros destinados para el rio de Gambia, á corta distancia de Jindey, sien-

do entonces poco activo, los traficantes resolvieron aguardar á que este comercio tomase mayor pie. Mungo Park, que deseaba volver á Europa, se despidió allí de sus desgraciados compañeros de viage; pero no se separó de ellos sin experimentar mucha afliccion, como veremos á la fin de este escrito.

Habiéndose, pues, separado Mungo Park de la caravana, no podemos seguir el itinerario de los esclavos que la componían. Pero tampoco es necesario; porque lo referido hasta aquí nos da bastante idea de lo que pudo suceder en la jornada que faltaba para llegar al rio de Gambia, y ningun inconveniente hay en que sin seguir esta relacion, nos transportemos allá, como si hubiésemos seguido estos esclavos hasta los navíos Europeos que los esperaban.

CAPÍTULO IV.

Los esclavos Africanos durante su travesía á las colonias Europeas. Uno de los efectos de este tráfico, es el desmoralizar á los agentes que intervienen en él.

Hemos ido siguiendo á los desgraciados Africanos hechos esclavos, desde que salieron de su

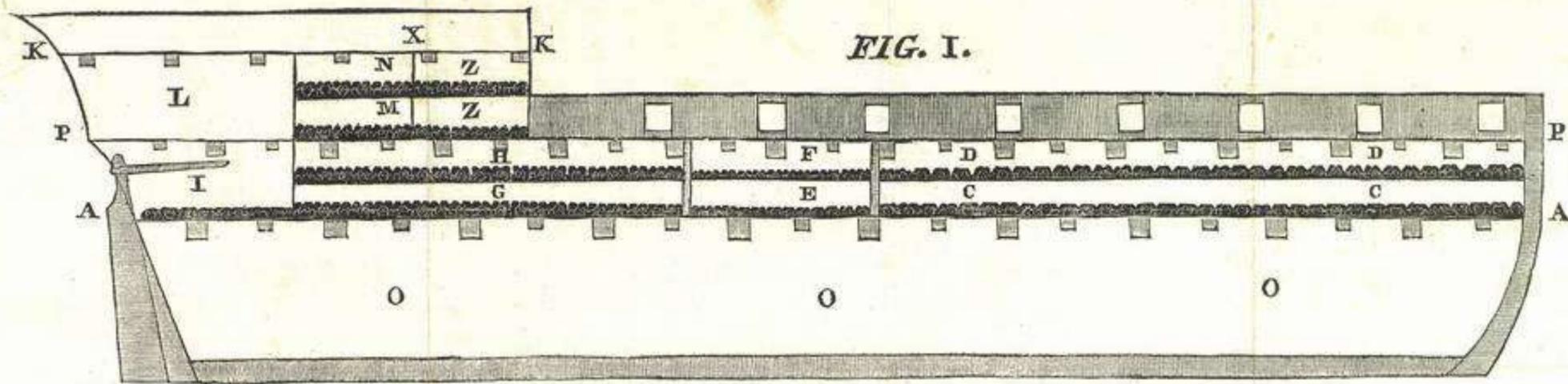


FIG. I.

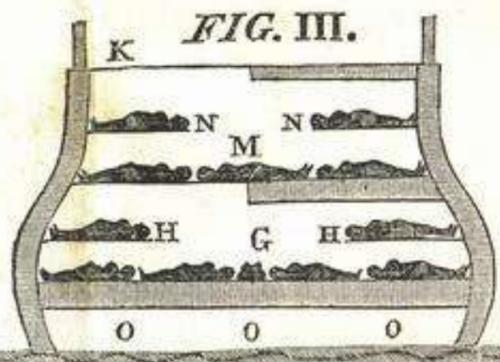


FIG. III.

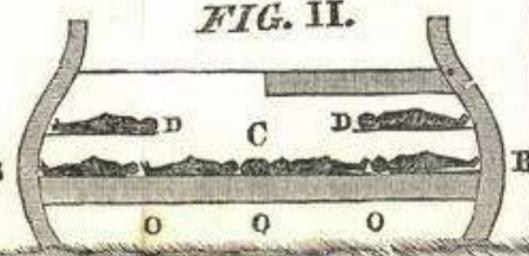


FIG. II.

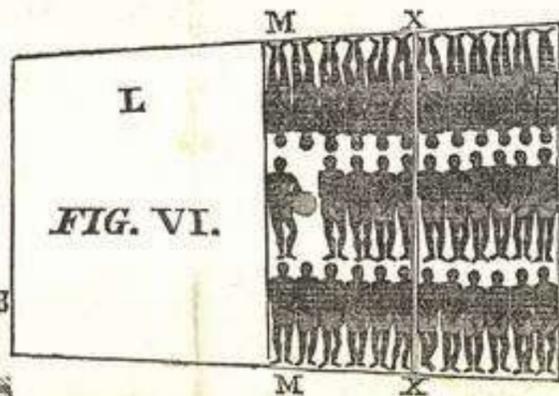


FIG. VI.

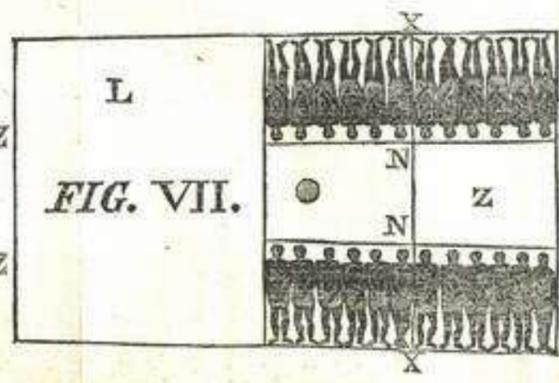


FIG. VII.

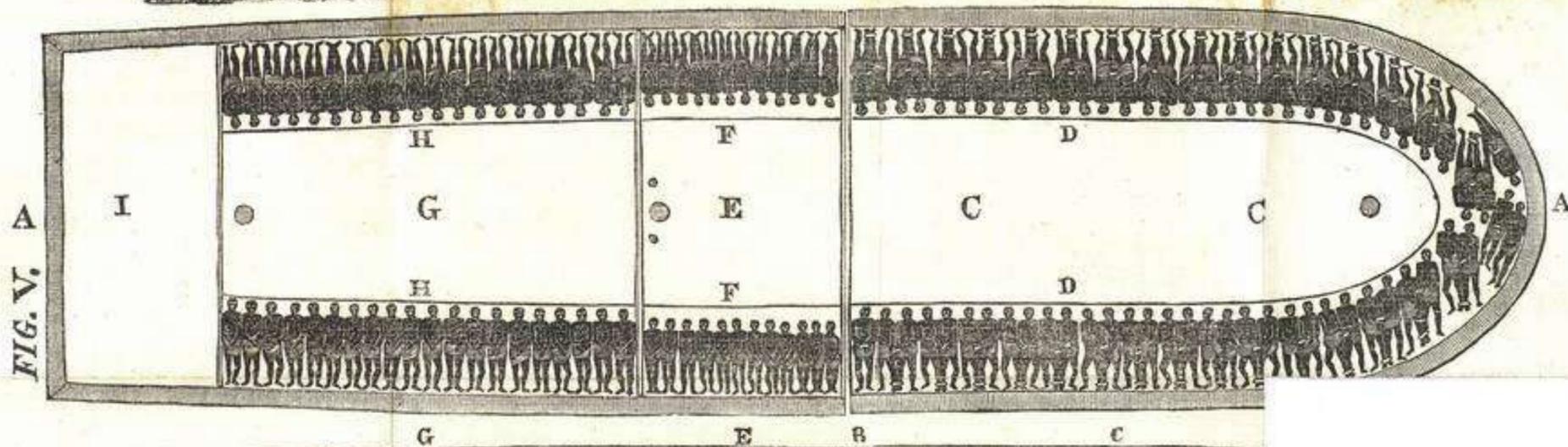


FIG. V.

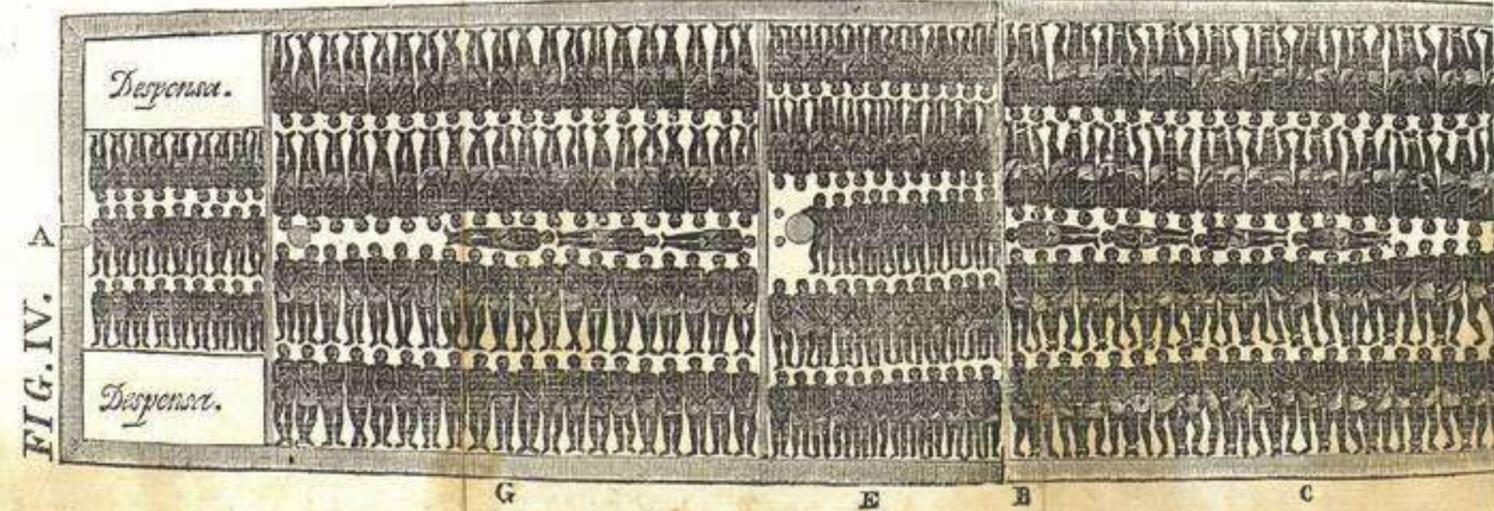
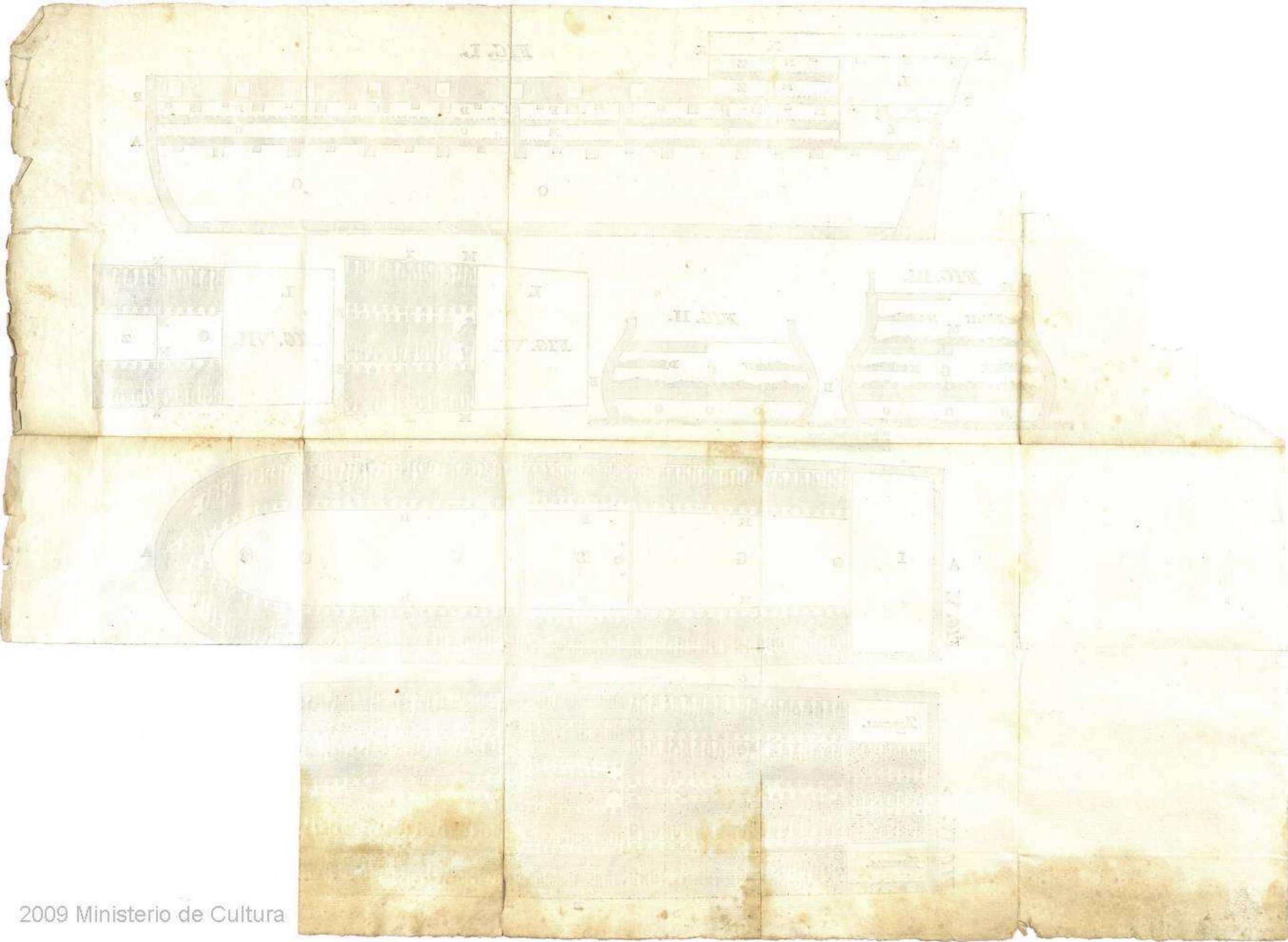


FIG. IV.



patria , hasta su llegada al embarcadero. Aquí se nos presenta un espectáculo nuevo. Los traficantes negros, que han conducido á los esclavos , los han vendido ya á los codiciosos Europeos. Vamos siguiéndolos : embarquémonos con ellos , y veamos sobre el Oceano , cómo los tratan sus nuevos amos. Todos los testigos que el parlamento británico ha examinado, contestes afirman, que los negros, luego que se ven en el navío europeo , quedan despavoridos en una profunda tristeza , y horroroso abatimiento : que así permanecen algun tiempo , y á veces toda la travesía. Este efecto, confiesan los mismos testigos , lo produce la espantosa reflexion que les excita el verse arrancar de su patria , de sus amigos , y de sus parientes. Conforme llegan á bordo , los hombres son atados de dos en dos , la pierna derecha del uno con la pierna izquierda del otro : y así los encierran en la carcel que les tienen preparada. Esta carcel es la misma bodega del navío. A las mugeres, muchachos y muchachas no las atan , y están separados de los hombres.

Quando hace buen tiempo , se les permite salir de su carcel y subir sobre cubierta para respirar un aire mas fresco y menos pestilente : como tambien para comer. Entonces los ponen de dos en dos en fila á un lado y otro del navío:

y para impedirles que se arrojen sobre los marineros, ó que se tiren á la mar, se pasa por los grillos de cada dos esclavos una cadena larga, cuyos extremos están firmes en la misma cubierta. Si la carga del navío es completa, la situacion de los esclavos es de lo mas deplorable. En los navíos contruidos con el mejor arreglo, un hombre que ha llegado á todo su crecer, no tiene mas lugar que el siguiente: 1 pie 5 pulgadas 5 líneas castellanas de ancho, 2 pies 10 pulgadas 10 líneas de alto, y 6 pies 2 pulgadas 1 línea de largo. *Menos lugar que en la sepultura*: y aun en muy pocos navíos se les dá *tanto espacio*! En muchos los esclavos no pueden estar echados sino de lado; pero en ninguno de pie. Todos los esclavos están en cueros, y echados sobre la dura tabla desnuda: los vaivenes del navío les causan terribles dolores; pues les desuellan todas las partes del cuerpo que frotan con las tablas, y los grillos les destrozan las piernas.

Pero la mas espantosa situacion de estos infelices, es cuando el temporal, los vientos impetuosos obligan á cerrar la escotilla. No hay en lengua alguna expresion para dar á entender, ni aun remotamente, lo que entonces sufren aquellos desgraciados. Los infelices gritan en su lengua con

las mas lamentables voces : ¡ socorro , socorro , nos morimos !

Testigos de vista han comparado el vaho que sale de los cuerpos de aquellos infelices por los respiraderos de entre puentes , al calor que despide un horno encendido. Muchísimos se sacan de entre puentes sofocados por el calor , la infeccion y admósfera corrompida , y se suben medio muertos sobre cubierta : otros que se dejaron buenos y robustos , se han encontrado á pocas horas muertos de sofocacion. Por horribles que parezcan estos pormenores , nada tienen de exagerado , y son cuales se describen. Aun hemos omitido otros muchos pormenores que pudiéramos haber referido para hacer todavía mas horrorosa y asquerosa esta descripcion. En confirmacion , indicaremos solo , que los testigos , entre otras cosas han declarado , que de las muchas enfermedades contagiosas que los negros pasan á bordo de estos navíos , una era el *fluxo* ; de modo que un testigo de vista declara , que los tablados sobre los cuales van echados los negros , se ven cubiertos de sangre y humor como si fuera un matadero.

Conocemos no obstante , que habrá algunos lectores que no querran creernos ; para estos pues acompañamos el diseño que representa el cor-

te y dimensiones de un navío inglés, el *Brookes*, destinado al comercio de negros; advirtiéndole que este diseño se ha sacado de orden del parlamento británico. A los lectores incrédulos encargamos que mediten, que contemplen despacio este diseño, y despues, en cuanto al juicio que ellos mismos se formen de este comercio, nos atendremos al resultado de sus propias reflexiones.

MEDIDA CASTELLANA.

Pies. Pulg. Lin.

AA.	Longitud del primer puente.	109.	7.	4.
BB.	Ancho del mismo.	27.	7.	5.
OOO.	Profundidad de la bodega.	10.	10.	10.
	Altura de los entrepuentes.	6.	2.	1.
CC.	Longitud de la estancia de los hombres en el primer puente.	50.	1.	10.
CC.	Ancho de id. en id.	27.	7.	5.
DD.	Longitud de los tablados en idem.	50.	1.	10.
	Ancho de id. en id., de cada lado.	6.	6.	6.
EE.	Longitud de la estancia de los muchachos.	14.	11.	10.
	Ancho de id.	27.	3.	1.
FF.	Ancho de los tablados en id.	6.	6.	6.
GG.	Longitud de la estancia de las mugeres.	31.	7.	10.

	Ancho de id.	25.	7.	5.
HH.	Longitud de los tablados de id.	31.	7.	10.
	Ancho de id.	6.	6.	6.
II.	Longitud de la Sta. Bárbara en el primer puente.	11.	5.	4.
	Ancho de id. en id.	13.	1.	7.
KK.	Longitud del castillo de popa.	36.	6.	3.
	Ancho de id.	21.	3.	1.
LL.	Longitud de la cámara.	15.	3.	2.
	Alto de id.	6.	8.	8.
MM.	Longitud del medio puente.	17.	11.	10.
	Altura de id.	6.	8.	8.
NN.	Longitud de los tablados en idem.	17.	11.	10.
	Ancho de id.	6.	6.	6.
PP.	Segundo puente.	7.	7.	7.

Supongamos ahora que estas son las verdaderas dimensiones del navío negrero el *Brookes*, que á cada esclavo se le dá un espacio de seis pies, seis pulgadas y seis líneas castellanas, sobre un pie, cinco pulgadas, cinco líneas: á cada muger seis pies, cuatro pulgadas, dos líneas, sobre un pie, cinco pulgadas, cinco líneas: á cada muchacho cinco pies, cinco pulgadas, cinco líneas, sobre un pie, tres pulgadas siete líneas, y á cada muchacha cuatro pies, diez pulgadas, diez líneas, sobre un pie, una pulgada, una línea; resulta que el número de esclavos que se halla en el diseño, es

el cabal que podia contener el *Brookes* segun estos datos. Hecha la cuenta con deducccion de las mugeres contenidas en las figuras 6 y 7 del espacio Z destinado á los marineros, hallaremos ser este número 451, sin que pudiese colocarse un solo individuo mas. Si reflexionamos que el *Brookes* era del porte de 320 toneladas, y que la ley permitia (antes de abolirse el tráfico de negros) el que llevase 450 personas, y no mas, es claro que añadiendo tres personas, se completará precisamente el número que la ley concedia. Pero el diseño se explica por sí mismo, haciendo ver que nada hemos exagerado hablando de lo que los esclavos padecen por la estrechez en que se les lleva, y falta de aire para respirar. Si 451 esclavos no pueden estar en el navio el *Brookes*, sin que sus cuerpos no cubran todos los tablados y se toquen unos con otros, ¡cuan horrible seria la situacion de estos desgraciados, antes de promulgarse dicha ley, pues los testigos han confirmado, que este mismo navio solia llevar *seiscientos esclavos*! Cuan mas horrorosa será aun en el dia de hoy, la situacion de tales víctimas, en que declarado ilícito este comercio, no se sujeta á regla alguna; y por consiguiente los desgraciados Africanos se ven apiñados en sus prisiones flotantes, segun el interes desmedido de la insasiable

codicia de los inhumanos traficantes de negros. *

No puede dudarse que estos pobres Africanos, tan cruelmente maltratados en los navíos, están siempre pensando, cómo podrán librarse de tantos males; pues estas son ideas, que naturalmente vienen al hombre oprimido, que sabe que ni merece, ni ha dado motivo á tanto ultrage y á tan duro trato. Así es que los negros á bordo de los negreros han intentado muchísimas veces matar á sus tiranos; pero estos, que no ignoran la natural disposicion del corazon humano, y que se sienten inquietados por su propia conciencia, no omiten precaucion alguna para asegurarse de sus esclavos. Acostumbran con este fin, construir una fuerte barrera de madera defendida con piezas de artillería, que al paso que pone á cubier-

* En el número de negros que se expresa en este cálculo, se padece una equivocacion, que tal vez el traductor frances cometió inadvertidamente; á no ser que haya un notable yerro de imprenta. En el diseño que acompaña á la traduccion francesa, se representan entre todos 481 esclavos, y este mismo número se halla en la estampa que acompaña á esta traduccion. Pero como la exactitud en este cálculo no es del todo precisa para el objeto que nos proponemos, puede pasar esta equivocacion; pues tenemos el dato principal para convencernos de la horrorosa situacion de los negros á bordo del *Brookes*, que es el saber por testigos fidedignos, que en este navio solian ponerse *seiscientos esclavos*: cuyo número no puede creerse equivocado, como los otros, por expresarse en la traduccion francesa en letras, y no en cifras como aquellos.

to á los que defiende, exterminie á los que atacan. No obstante esta imponente defensa, muchas veces los esclavos, sin mas armas que su desesperacion, se han tirado sobre sus tiranos, y forzado la barrera con un valor digno de admiracion; pero estas hazañas no se han celebrado, porque las ejecutaban unos desdichados esclavos: si hubiesen sido hombres libres, si estos hechos de valor se hubiesen ejecutado en los campos de batalla por los ejércitos de la antigüedad ó por los de nuestros tiempos, la historia los hubiera inmortalizado en sus fastos, y los valientes que tales hechos hubiesen cometido, hubieran sido coronados de gloria. En algunos de estos ataques de desesperacion, los negros han conseguido degollar á todos sus opresores; pero cuando han quedado vencidos, que ha sido las mas veces, se estremeciera el lector, si se le refiriese las barbaries y los diabólicos tormentos con que estos se han recreado en castigarlos. Los negros que se ven burlados en su atrevida empresa, ya no piensan sino en matarse, para acabar de una vez su vida y su miseria: y luego que se les presenta oportunidad la aprovechan con un anhelo increíble. El medio que mas comunmente emplean, es tirarse á la mar; pero sus verdugos ya han prevenido estos lances, cerrando todas las aberturas de sobre

cubierta que dan á la mar, y poniendo ademas á un lado y otro del puente una red que sube á una altura conveniente. A pesar de estas precauciones, los negros han frustrado infinitas veces la vigilancia de sus opresores, y logrado darse la muerte tirandose á la mar.

Si no consiguen esto, maquinan otros medios de matarse; cuando pueden coger una cuerda se ahogan con ella, y muchos se matan de este modo, especialmente las mugeres. Si encuentran algun instrumento de hierro, ó solo un pedazo de metal cualquiera, procuran con él darse la muerte, haciéndose profundas heridas. Cuando no encuentran con que matarse, rehusan todo alimento y se dejan morir de hambre. En vano se emplea en esta ocasion un instrumento llamado *speculum oris* que sirve para separar las mandíbulas cerradas por enfermedad: todo es inútil, nada consigue que desistan de su resolucion, una vez tomada, ha habido negro que ha insistido en ella once dias seguidos al cabo de los cuales murió de hambre. Estos suicidios son otros tantos crímenes que recaen sobre los negreros. Por lo que hace á los esclavos que son de naturaleza ó espíritu apocado (como generalmente las mugeres) reciben mayor sentimiento de su triste situacion, y tienen menos ánimo para darse la muerte.

Acontece pues frecuentemente, que la profunda melancolía en que se sumerge el espíritu abatido de estos infelices produce el trastorno de su razón, enloquecen, y en este espantoso estado siguen hasta que mueren; que suele ser pronto.

Estas son las escenas deplorables que pasan en los navíos negreros desde que salen de las costas de África hasta su llegada á las colonias europeas. Inútil es advertir que durante esta navegación, una espantosa mortandad disminuye el número de los esclavos: mortandad que se acrecienta por las insurrecciones, suicidios, enfermedades causadas por la aflicción del espíritu, por el repentino paso del calor al frío, por la suciedad, por los hedores fétidos, por una atmósfera corrompida, y por el inhumano trato. De las declaraciones de testigos dignos de todo crédito hechas ante el parlamento británico, resulta, que de 7904 esclavos que ellos mismos habían conducido en diversos viages desde África á las colonias Europeas, todos esclavos jóvenes (por lo regular los negros que se sacan de África no pasan de 25 años) y todos en buena salud cuando se embarcaron, murieron en el espacio de seis á ocho semanas 2053, es decir un cuarto. ¡Que mortal devastación de la especie humana! ¡Qué revelion tan impía contra la hobra de Dios!...

Si el resto del género humano muriese, por desgracia, en tan espantosa proporción, el universo quedaría pronto desierto.

Habiendo referido lo que padecen los negros en la travesía, fuéramos reprehensibles si en seguida no manifestásemos la desmoralización que este tráfico causa entre sus agentes. ¿Cómo es posible que unos hombres que presencian diariamente las barbaries que hemos descrito, no se conviertan ellos mismos en unos bárbaros? Seguramente que cuando estos hombres se entregan por primera vez á tan criminal comercio, se resuelven á extinguir de su corazón todo sentimiento de humanidad. Esto no puede hacerse sofocando de golpe los gritos de la naturaleza; pero el hábito que es una segunda naturaleza, los sofoca pronto, y con la mayor insensibilidad se familiarizan con los horrores que ellos mismos cometen, y con los que cada día ven cometer á sus compañeros: poco tardan en endurecerse sus corazones, y la compasión ya no tiene cabida en ellos. Sucédeles lo que á los verdugos, que en las primeras sentencias experimentan, sin querer, una interna conmoción, pero luego las ejecutan con la mayor insensibilidad. Sabemos que las damas Romanas se acostumbraron poco á poco á divertirse, en los combates de los gladiadores,

viendo como estos se asesinaban. Otro tanto sucede con todos los que intervienen en el bárbaro comercio de negros. Todos ellos miran la vida de estos infelices, como un mero objeto de especulación. ¿Mas qué digo? Todos ellos se divierten en atormentarlos cruelmente. Una vez sofocado en sus corazones todo sentimiento de humanidad, se convierten los negreros en verdaderos monstruos, y no hay crimen alguno, por horrendo que sea y por mas increíble que parezca, que no estén prontos á ejecutar con toda frescura y complacencia. En confirmacion, bastará contar los siguientes hechos.

Un navío negrero ingles con 400 esclavos á bordo, encalló en un bajo á media legua de tres islas llamadas *Morant Keys*, á unas 11 leguas de la Jamaica. Los oficiales y tripulacion, viendo que era imposible salvar el buque, pasaron á las chalupas con sus armas y provisiones, desembarcando sanos y salvos en una de dichas islas, sin cuydarse de la suerte de los esclavos que dejaban en el navío. Por la mañana vieron que este permanecía entero, y que los esclavos habiéndose desatado, habian formado armadias sobre las cuales habian colocado á las mugeres y muchachos: observaron que estas armadias se dirigian á la isla que ellos ocupaban, y que los negros

nadando al rededor cuidaban de la seguridad de los caros objetos que conducian. Los Ingleses los dejaron aproximar hasta una corta distancia de la costa, y entonces disparando sobre ellos un continuado fuego de fusilería mataron á 366. Los 34 que escaparon de esta horrible matanza los vendieron en Kinggton de Jamaica.

Pasémos á otro hecho.

Habiendo muerto muchos esclavos á bordo de un negrero, llamado el Zong, se aumentaba la mortandad con tal rapidez, que era difícil preveer sus resultados. El capitan temiendo quedarse sin esclavos, tomó la horrible resolución de entresacar los mas enfermos, y sin esperar á que la enfermedad los matára, tirarlos á la mar: calculando que con tal que probase la necesidad que le habia obligado á deshacerse de sus negros, recaería la pérdida de ellos contra los aseguradores, y no contra los propietarios. Pensó pretextar la falta de agua, y aunque no habia reducido su racion ni á los marineros ni á los esclavos, con todo el bárbaro capitan sin pararse en nada, puso en ejecucion su malvado designio. De 132 negros los mas enfermos, 54 fueron, sobre la marcha, tirados á mar y al dia siguiente tiró 42 mas. Pero, como si Dios, condenando el infame proyecto de ese monstruo, hubiese queri-

do quitarle todo pretexto para seguir asesinando á los enfermos que quedaban, y hacer mas inexcusable su crimen; en el momento en que se dio principio á tan horrible atentado, empezó á caer una abundantísima lluvia que duró tres dias. Mas el empedernido corazon del capitan no detuvo la prosecucion homicida, y mandó sacar sobre cubierta á los 26 esclavos mas enfermos que aun habian quedado con vida. Los 16 primeros se dejaron arrojar á la mar; pero los otros, animados de un extraordinario valor y de una noble indignacion, no quisieron permitir que les tocáran manos impías, y arrojándose ellos mismos en medio de las olas, fueron á reunirse con sus desgraciados compañeros. De este modo se consumó en medio del dia una maldad de que tal vez los hombres no tienen memoria de otra igual, ni se halla ejemplar de ella en los anales de la historia: maldad tan atroz, que no pudiera creerse, á no confirmarla varios testigos. Muchos que presenciaron estos horribles asesinatos atestiguaron el hecho ante el tribunal de *Guil-dhall* en Londres, que condenó á los propietarios á sufrir la pérdida de todos los esclavos.

Es menester advertir, que estas maldades se ejecutaron antes de estar abolido por el parlamento británico el tráfico de negros; si se hubie-

sen cometido despues, sus autores y cómplices hubieran sufrido la pena de muerte.

Se contestará tal vez, que estas crueldades se ejecutaron tiempo hace, y que sus autores son Ingleses. Referiremos pues dos hechos mas recientes, y cuyos autores son de otra nacion.

Le Rodeur, navío francés de 200 toneladas, salió de Havra de Gracia el 14 de enero de 1819, y en el siguiente marzo ancló en el rio Bonny en la costa de África. Este navío, infringiendo las leyes de su mismo gobierno que tenia prohibido el tráfico de negros, cargó allí una porcion de esclavos, y el 6 de abril se hizo á la vela para la Guadalupe. A pocos dias de su viage, algunos negros que se habian sacado sobre cubierta á tomar el aire, lograron matarse arrojándose á la mar. El capitan del *Rodeur* para atemorizar á los demas, hizo con ellos un espantoso ejemplar mandando fusilar unos cuantos, y ahorcar á otros. Esta barbarie no produjo el efecto que el capitan queria, y mandó que se mantuviese á todos los negros bajo puentes. Luego se manifestó entre estos infelices una terrible oftalmia, que se comunicó á la tripulacion, con tal fuerza, que á pocos dias, quedó solo un hombre con vista para poder maniobrar. En tan deplorable estado encontró el *Rodeur* un gran buque, que al pare-

cer iba á la merced del viento y de las olas. Oyendo la tripulacion de este buque las voces que daban los del *Rodeur*, pidió socorro con dolorosas exclamaciones. El *Rodeur* averiguó que aquel era un navío negrero Español llamado el *San Leon*, atacado igualmente de la oftalmia, y que toda su tripulacion y esclavos habian quedado ciegos. Los clamores de los españoles fueron inútiles. El *Rodeur* no pudo socorrerlos, hallándose á poquísima diferencia en tan mal estado como ellos. El *S. Leon* siguió adelante, y nunca se ha sabido de él. El *Rodeur* llegó por fin á la Guadalupe el 21 de junio; gracias al ánimo y perseverancia del único marinero que conservó la vista, y á la reunion de una multitud de favorables circunstancias. Antes de su llegada, treinta y nueve esclavos quedaban enteramente ciegos, doce habian perdido un ojo, y catorce se hallaban mas ó menos atacados de esta enfermedad. De la tripulacion, compuesta de veinte y dos hombres, doce estaban ciegos, entre ellos el cirujano: cinco incluso el capitan, habian perdido un ojo, y los otros cuatro habian padecido mas ó menos los efectos de la oftalmia. Seguramente que el lector creerá que estos Europeos, al tocar al termino de su viage, cuando se veian entrar en el puerto de su salvacion, lo primero que to-

dos ellos harian, cuasi involuntariamente, seria dar gracias á Dios por haber llegado tan milagrosamente á la Guadalupe::: El lector se engaña de medio á medio. ¿Olvida el lector, que el agradecimiento hácia Dios, que la compasion con nuestros hermanos, son virtudes que no se hallan en corazones negreros, quienes al emprender su criminal oficio se despojaron de todos cuantos sentimientos honran al hombre? Sepa pues el lector, que la primera cosa que la tripulacion del *Rodeur* hizo al llegar al puerto, fué tirar á la mar todos los infelices negros que habian llegado enteramente; porque como eran invendibles, no se quiso gastar en mantenerlos, y ademas se tenia la mira de justificar, fuese como fuere, la necesidad de deshacerse de ellos, para que los aseguradores pagasen su importe.

El año 1820 nos presenta un hecho igualmente horrible, aunque acompañado de otras circunstancias. El gefe de escuadra Sir Jorge Collier, estacionado en el cruzero de las costas de África, para hacer observar las leyes de la abolicion del tráfico de negros promulgada por el parlamento británico, y los tratados firmados entre la Inglaterra y otras potencias marítimas, se hallaba á bordo de la fragata *Tartar*. En marzo, dió caza á un navío, que sospechó negrero.

Mientras maniobraba para abordarlo, se vieron flotar esparcidos por la mar varios barriles; pero entonces nadie pensó en examinarlos. Al cabo de algunas horas la fragata Inglesa abordó al navío que perseguía, y vió que era la *Jeune Estelle*, navío francés, mandado por un tal Olimpo Sanguines. Interrogado este hombre, negó tener entonces esclavo alguno á bordo, confesando que los había tenido; pero que un pirata español se los había robado. Esta declaracion era tan sospechosa, que el teniente del Tartar mandó registrar el navío. Un marinero ingles golpeando sobre un barril oyó salir de él una voz como de un moribundo. Abren inmediatamente el barril, y encuentran en él dos muchachas negras de unos doce á catorce años, que fueron transbordadas al instante al Tartar, y libradas, con esta casualidad, de la mas horrorosa muerte. En la fragata inglesa se halló una persona que conoció á las dos muchachas, por haberlas visto en la costa de África. Esta persona hacia poco tiempo que estaba en la fragata, y era de la tripulacion de un navío negrero. Por lo que él declaró se supo, que un capitan llamado Richards, comandante de un negrero africano, habia muerto en una aldea de esta parte de la costa de África, llamada *Trade-Town*, dejando catorce esclavos,

entre quienes se hallaban las dos muchachas: que muerto Richards, el capitán Olimpo Sanguines saltó en tierra con su tripulación, armados todos con pistolas y espadas, y robó á los catorce esclavos que embarcó en su navío la *Jeune Estelle*. Sir Jorge Collier enterado de cuanto habia acontecido mandó se registrase otra vez el navío, en busca de los otros doce esclavos; pero fué en vano. No dudaron entonces los Ingleses que el capitán Sanguines, temeroso que su navío fuese apresado como pirata, dió en los barriles que vieron flotar, horrorosa sepultura á las infelices doce víctimas que faltaban. ¡Pero ah! se habia pasado ya demasiado tiempo para confirmar con la debida autenticidad este cruel hecho; pues los barriles fueron arrojados cuando la fragata empezó á dar caza al negrero, y en esta maniobra hizo mas de veinte leguas de camino: y aun cuando hubiese sido posible recoger los barriles, tampoco se hubieran salvado aquellos miserables; pues ya habrían perecido.

Pero basta. Echemos un velo sobre tantos horrores. La pluma se resiste en escribirlos, la sensibilidad del lector padecería demasiado. Lo que hemos referido es mas que suficiente para probar la espantosa desmoralizacion, que es forzosa consecuencia del inhumano tráfico de negros.

Sus efectos son regulares y ciertos, ellos debèn ser los mismos en todos tiempos, en todas las naciones donde se ejerza este tráfico. Estos efectos no pueden evitarse. El imperio de la opinion pública, los progresos de la ilustracion, la mayor cultura, solo opondrán á tan funesta influencia una debil barrera. Los hechos que hemos referido prueban por fin, conforme nos habiamos propuesto, que para acabar de una vez estos horrorosos crímenes, no hay otro remedio, que la abolicion rigurosa y sin excepcion alguna del tráfico de negros.

No hay que lisonjearse en creer que por medio de leyes reglamentarias se pueden remediar estos males, y conseguirse que el comercio de negros se practique con humanidad. El corazon del hombre, la depravacion de que es capaz, la experiencia de los siglos hablan en contra. ¿Cómo puede conseguirse hacer humano un comercio antisocial, cuyo fin es inmolar la humanidad? Esto fuera lo mismo que intentar, valiéndonos de la expresion de la Sagrada Escritura, cambiar la piel del Etíope, y el color del Leopardo. *

La ley no puede arreglar el tráfico de negros,

* Si mutare potest Ætiops pellem suam, aut pardus varietates suas. JEREMIAS CAP. 13. VER. 23.

así como no puede arreglar el asesinato. El crimen no puede ejercerse sino por criminales. ¿A que llamaremos crimen, si el tráfico de negros no lo es?

CAPÍTULO V.

El tráfico de negros considerado como una violacion del principio de la justicia universal. Refutacion de algunos de los argumentos mas especiosos de sus defensores.

Despues de lo que se ha dicho en los precedentes capítulos, seria insultar al lector si nos detuviésemos en presentarle razones para probar, que el tráfico de negros es una violacion del principio de justicia universal. La pintura que hemos presentado, debe causar la mayor indignacion á todo hombre sensato que sabe distinguir lo bueno de lo malo. Pero con todo, es por desgracia bastante cierto que hay hombres que no titubean en emprender este detestable tráfico, y que siguen esta especulacion con la misma serenidad é indiferencia que si se ocuparan de negocios comunes y bien vistos. Conviene dar á conocer estos tales traficantes; quitarles la máscara con que se disfrazan, examinando su conducta segun los prin-

principios de eterna justicia, é indagando con qué funestos argumentos han conseguido sofocar los gritos de su propia conciencia, de tal modo que sin remordimientos visibles se hayan entregado á un tráfico tan criminal.

Todos los hombres han adoptado una máxima universal: máxima tan sencilla que la comprende hasta el talento mas limitado: máxima que está marcada con tal carácter de verdad, que nadie puede negarla, á no estar falto de razon. Esta máxima es: Que aquel que sin ser provocado, causa pérdidas, causa males, causa penas á sus semejantes, comete una injusticia contra ellos. Ó lo que es lo mismo; que para que uno tenga derecho de disponer, de mandar ó de obrar contra la propiedad ó la persona de su semejante, es preciso que haya precedido de parte de este una provocacion, que le haya causado, por ejemplo, pérdidas, daños, ó penas. Todas las naciones cultas, que existen en el dia, han admitido este principio: y es el fundamento de su respectiva legislacion. Este principio no admite excepcion alguna, es aplicable á todos los pueblos, sin excluir á los que viven en el estado de naturaleza: y por mas diferencia que exista entre las respectivas leyes que gobiernan á las naciones, todas unánimes reconocen este principio en sus mutuas relaciones.

Partiendo de esta verdad, examinemos la causa de los negreros. Si nos acordamos de lo que hemos referido en los capítulos precedentes: si reflexionamos los crueles medios que se emplean en África para coger esclavos: el modo igualmente cruel de conducirlos á los navíos europeos, y por último, la manera aun mas cruel de transportarlos á las Américas, ¿qué corazón habrá tan duro que no se compadezca al ver tantos y tan crueles padecimientos? ¿Qué ha hecho ese pueblo para merecer estos padecimientos? ¿Ha cometido alguna ofensa contra los Europeos? No, no la ha cometido, ni pudo cometerla, ni de palabra, ni de obra. ¿Cómo podía ese pueblo ofender á unos hombres que jamas habia visto? El acto pues de los negreros es un acto criminal, tanto con respecto al estado de naturaleza, como con respecto al estado de civilizacion. En este acto hallamos una enormidad de padecimientos acumulados, sin haber precedido provocacion, por los individuos de un continente contra los habitantes de otro continente.

Pero los negreros replícan, que los Europeos no son los actores de las horribles escenas que hemos descrito. Los Africanos entre sí se guerrear, ellos se incendian sus pueblos, ellos se encadenan asi mismos, ellos se reducen al miserable estado de

esclavos; acusad pues, dicen los negreros, á los Africanos y no á los Europeos, tantos horrores. ¡En hora buena! sea así. Convenimos en que los Europeos, no son de modo alguno los actores en estas deplorables escenas, ¿pero se sigue de ahí, que los Europeos sean menos culpables? No se sigue tal. A mas de la máxima que hemos citado, todavía hay otras dos, que también se hallan consagradas por el consentimiento universal, y cuyas dos máximas condenan igualmente la conducta de los negreros. Una de estas máximas es: que el ocultador de lo robado es tan delincuente, como el robador; pues la moral condena la acción de aquel, tanto como la de este. La otra máxima se asemeja á esta: aquel que es causa que se cometa una injusticia, es responsable de ella. En buena moral, el que se vale de otro para cometer un asesinato, es asesino, es el verdadero autor del delito; pues el que materialmente asesinó, es en este caso mero cómplice. Importa poco que los negreros sean condenados por esa ó esotra razón, que lo sean como ocultadores de lo robado por otros, ó como los primeros autores de los inhumanos padecimientos de que nos lamentamos. Lo cierto es que sin los negreros, jamas tales inhumanidades se hubieran ejecutado. Si ningún negrero hubiese puesto el pie en África, hu-

biera en ella muy pocos esclavos. Antes que los tales traficantes compareciesen en este continente con la mira de establecer en él el infame comercio de hombres, de mugeres y de muchachos, las leyes del pais eran como las de otros pueblos que están en el mismo grado de civilizacion que los Africanos. Entonces la esclavitud no era, como hoy, el cástigo del crimen. Pero desde esa funesta época, la jurisprudencia de los Africanos se ha alterado y arreglado á los pedidos de los negreros. Antes de esa época, no se incendiaban las poblaciones para prender á sus habitantes: nadie se arrojaba sobre el descuidado viajante como sobre una presa que le pertenecia: el vecino no vendia á su vecino para sacar un infame provecho. Desde la infausta aparicion de los negreros, comenzaron estos horrores; entonces huyeron de aquellas costas de África la confianza y la seguridad. Al presentarse en la costa un navío negrero, la avaricia, la envidia, la venganza y demas pasiones criminales desplagan sobre las vecinas comarcas su infernal influencia: y como dijimos, la noticia de esta funesta llegada, es la llamada de todos los crímenes. Si los Europeos pues, no son los actores inmediatos de estas maldades, no dejan por esto de ser los primeros autores de ellas; y por consiguiente no podemos de-

jar de considerar el tráfico de negros, como el único manantial de estos males, como una verdadera violacion del principio de la justicia universal; de la justicia reconocida por todos los hombres.

¿Qué pueden replicar en su defensa estos traficantes criminales? ¿De que argumentos han podido valerse, para llegar á sofocar su conciencia, de suerte que hayan especulado en este infame comercio sin remordimiento alguno, cual si los hombres fuesen fardos de mercancías? Seguramente no habrá negrero que tenga valor para probar, que son falsas las máximas por las cuales los hemos juzgado, y que el comercio de negros no produce efecto alguno malo. Por lo general, no tanto niegan lo criminal de este comercio, cuanto se empeñan en disminuir la enormidad del crimen con débiles razones, que aun cuando fuesen sólidas, disminuirian muy poco el fundado horror inseparable del crimen.

Entre los argumentos de que se valen para dicho fin, escogeremos dos de los mas especiosos, que examinaremos uno despues de otro.*

* Entre otros argumentos que hacian, uno que repetian tiempo ha, ya no tiene lugar. Acostumbraban acriminar á los gobiernos que habian fomentado y sancionado el tráfico de negros. Es cierto que varios gobiernos europeos, engañados por las culpables sugerencias de los negreros, habian legitimado este tráfico; pero ya están desenga-

Dicen, que los africanos que ellos transportan son delincuentes, condenados por los tribunales de su país á una remota esclavitud, y que conduciendo á estos delincuentes, sentenciados ya, no hacen sino ejecutar lo que la justicia ha mandado. No entraremos en examinar, si para los pueblos cristianos es muy honroso meterse á ejecutores de sentencias pronunciadas por las naciones paganas que habitan en África: nos ceñiremos en contestar, que el argumento que hacen, parte de un principio falso.

No, todos los Africanos que los negreros compran no son delincuentes; pruebalo los prisioneros hechos en las expediciones llamadas *Tegria*, pruebalo los muchachos de ambos sexos que en gran número gimen en las prisiones de los buques negreros; muchachos demasiado juvenes para que se les crea culpables de crimen alguno. Pero aun cuando convengamos que muchos esclavos comprados de esta suerte sean delincuentes, no se sigue que el castigo que sufren, sea justo y legal. ¿De qué modo, por ejemplo, se ha procedido en

fiados: ya se han convencido de los crímenes que resultan de él, y todas las potencias reunidas en el Congreso de Viena, han firmado una declaracion en la cual llaman al tráfico de Negros: «Una plaga que ha desolado el Africa, degradado la Europa, y ultrajado la humanidad.»

las causas de brujería, para pronunciar la sentencia? Recurriendo á la prueba del agua envenenada. ¿Quién dirá que este sea un procedimiento legal y que la sentencia sea justa? Veamos no obstante si el castigo es proporcionado al crimen. Figurémonos uno de estos infelices sentenciado, vendido á la mas cercana caravana, y desde este momento acompañémosle en todos los padecimientos que va á sufrir. Mirémosle en el desierto, donde oprimido con el fardo de que le han cargado, rendido de cansancio, cae en tierra, y á latigazos le hacen levantar para seguir la fatiga: mirémosle conducir á bordo del navío negrero, lanzando un doloroso suspiro al despedirse para siempre de su amada patria, sumergido su espíritu en la mayor amargura: mirémosle atado en su horrible prision, destrozadas las piernas por los grillos que las oprimen: mirémosle cuasi espirando en una prolongada agonía en la sufocacion mas insuportable. No le abandonemos aun, sigámosle en la colonia, do le suponemos llegado: mirémosle allí bajo un nuevo amo, desterrado en aquella remota region donde se le obliga á que trabaje cual si fuera un animal de carga, maltratado con crueles y no merecidos cástigos, viendo solo en la muerte el término de sus males; preguntemos á nuestra propia conciencia, ¿si es

posible que el crimen que se supone haber cometido este negro, merece un castigo tan horrible y tan doloroso?

A esto suelen contestar, que para el negro es menos malo ser esclavo en las Américas, que serlo en su país, porque allí obedece á un amo civilizado, y aqui sirve á un amo ignorante y bárbaro; dando con esto á entender que los esclavos negros, son aun afortunados cuando se les lleva á nuestras colonias. Este argumento, parte como el primero, de otro principio falso; pues tan incierto es, que todos los negros que los negreros compran fuesen ya esclavos en su país, como incierto el que todos los que compran sean delincuentes. La verdad es, que en África hay muy pocos esclavos; pues de las veinte partes de la población, las diez y nueve son libres: y esta es la principal circunstancia que hace mas sensible la esclavitud de la mayor parte de los negros vendidos á los Europeos. Acostumbrados como estaban á vivir en la condicion de hombres libres, ¡cuan doloroso para ellos el verse reducidos á la miserable esclavitud! En las expediciones llamadas *tegría*, á nadie se perdona; el mismo gefe ó principal del pueblo sufre igual suerte que sus súbditos. El juez, el industrioso artesano, que con sus tareas y trabajos lograron re-

coger alguna riqueza, se ven atados en la misma cadena de la caravana con sus mugeres é hijos.

Volvamos al argumento que impugnábamos. Dando por cierta la asercion en que se apoya dicho argumento, aun en este caso, seria verdadero solo con respeto á los esclavos que ya lo eran en su pais. El argumento no puede referirse á otros esclavos, y solo bajo este concepto es como nosotros lo admitimos. Respondemos pues, que en África la condicion de esclavo es benigna y suportable, pues viene á ser un vasallage patriarcal; condicion que en África es preferible por muchos respetos, á la de los vasallos en la edad media. Mungo Park nos advierte, que en África los esclavos domésticos no pueden ser vendidos por el mero antojo de sus amos; pues la venta no es legitima, si se efectua sin que haya precedido crimen cometido por el esclavo. En África los esclavos viven y comen con sus amos en la sencillez de las primeras edades, los amos y esclavos trabajan juntos en el campo y en casa, sin haber entre ellos distincion visible. Los esclavos miran á sus amos, como padres de familia que ejercen sobre ellos la autoridad paterna. El negro que servia á Mungo Park le decia *¿no os he servido como á mi amo y á mi padre?* Tal es la pintura que Mungo Park hace de los esclavos en Afri-

ca, y esta pintura ha sido en un todo confirmada por cuantos testigos fueron interrogados por la comision del parlamento británico. Veamos ahora la situacion de estos mismos esclavos en las Américas. ¿Qué pensará el Africano, cuando al desembarcar, se ve expuesto en venta pública, desnudo, examinado y registrado por todas sus partes cual si fuera una bestia de carga: alimentado, no como su amo, sino con tal estrechez que muchas veces padece hambre: trabajando, no en compañía de su amo, pero si bajo el látigo de un capataz que á la fuerza arranca de sus sudores todo cuanto puede trabajar un hombre robusto? ¿Qué pensará el Africano al verse castigado por mero antojo, sin poder implorar justicia: maltratado mas cruelmente: si llega á quejarse: degradado del rango y condicion de hombre, y abatido al de bestia: cuando ve que el color de su piel es el sello de la ignominia, que transmitirá á sus descendientes, de manera que perpetuará entre negros y blancos esta injuriosa separacion, que impone á los primeros la ley de temblar y bajar los ojos en presencia de los segundos.

Hagamos empero la suposicion de que nada de lo dicho sucede, y que ni los amos ni los propietarios europeos son crueles ni tiranos, sino que son como todos los hombres en general sue-

len ser; aun en esta suposicion, tan opuesta á la realidad, la esclavitud de África es un paraíso de delicias, comparada con la esclavitud de las Américas. Efectivamente. ¿Quién indemniza á los negros de África la pérdida de sus familias y amigos, la ausencia forzada de su caro país? ¿Quién les proporciona el consuelo de visitar los reverenciados sepulcros de sus mayores? ¿Quién les restituye aquellos agradables recintos donde nacieron, y pasaron alegres sus juveniles días? ¿Qué trato, por humano que sea, compensará la degradacion que los abate al estado de bestias? El color, el idioma, la configuracion de su rostro, todo se reúne para recordarles sin cesar su triste abatimiento. ¡Cuan diferente en África! Allí sus amos eran de la misma especie y color; cuando hablaban, cuando se quejaban, sus palabras eran escuchadas y entendidas: allí encontraban quien les contestaba en su mismo idioma, y razones que les compadecian: allí por último la naturaleza habia unido á los amos y esclavos con los fuertes y gratos nudos de una recíproca simpatía.

Concluyamos pues afirmando, que los argumentos de los negreros, son enteramente falsos; y que aun cuando fuesen ciertos, tampoco probarian cosa alguna á favor suyo, segun creemos

haber demostrado. En vano intentarían estos traficantes insistir en sus argumentos para disculpar su conducta criminal; si, criminal, lo repetimos. Los negreros son culpables de todos los fraudes, de todas las sentencias injustas, de todos los robos de hombres ya pública ya privadamente cometidos, de todas las guerras y efusión de sangre de que África es el teatro: son culpables de todas las insurrecciones, suicidios, espantosas destrucciones de la vida sobre el oceano, que resultan del tráfico de negros. Un crimen hay que sobre todos acusa altamente á los negreros, *el haber retardado cerca tres siglos la civilizacion de África.*

¿Pero de que palabras nos serviremos para explicar el otro crimen, que con razon se les debe imputar; el crimen de haber importado á las Américas millones de hombres, condenándolos á vivir allí con su posteridad para siempre en el abatimiento, y en la mas humillante degradacion? No hay palabra que pueda caracterizar bastante este género de crimen de una especie tan nueva y tan horrorosa. ¿Qué nombre daríamos al que inoculase en la sangre de sus semejantes un veneno contagioso, de tan maligna naturaleza que plagase de una asquerosa lepra hasta su última posteridad? ¿No diríamos que el tal hombre

era un monstruo salido de los infiernos? Pues los negreros son estos monstruos. Ellos han inoculado, no á unas cuantas personas, sino á una porcion entera del género humano, el veneno de la esclavitud, y la lepra de una eterna degradacion. Ellos han introducido en las Américas una raza de hombres condenada á una dolorosa reprobacion por el mismo tráfico del cual son las víctimas: reprobacion que se transmite con la sangre de tal suerte, que el desdichado que por desgracia tiene en sus venas alguna gota de esta sangre, se ve como el hombre atacado de la lepra; vese separado para siempre de la sociedad de sus semejantes, y para cúmulo de infortunios, condenado á ver en su posteridad perpetuada tan fatal ignominia.

Ahora pues, si reunimos todos estos hechos y reflexiones acerca esta fatigosa multitud de tristes pruebas, tendrémos que confesar que la historia del género humano no presenta en sus anales un cúmulo de padecimientos ni un conjunto de maldades, que puedan parangonarse con los horrores monstruosos que singularizan el ejercicio del tráfico de negros por las naciones europeas.

CAPÍTULO VI.

El tráfico de negros se opone á la Religion Cristiana. Este tráfico considerado por los negreros como medio de convertir á los negros al cristianismo. Refutacion de este argumento, respeto de la África y de las colonias. Aun cuando este argumento fuese cierto, el tráfico seria siempre un crimen á los ojos de la Religion Cristiana. Conclusion.

Si es verdad, como creemos haberlo probado en el anterior capítulo, que el tráfico de negros es una manifiesta violacion del principio de justicia universal, no vacilarémos en afirmar que es opuesto á la Religion Cristiana.

La historia nos declara que en la época de la predicacion del cristianismo, los primeros cristianos miraron la esclavitud como opuesta á la doctrina de nuestra Religion santa. Vemos que en los primitivos siglos de la iglesia, los cristianos acostumbraban, en la hora de su muerte, dar libertad á sus esclavos: y en sus mismos testamentos exponian las razones que les inducian á ello, por el amor de Dios y por la salud de sus almas, cuyas expresiones indican bastante cómo pensa-

ban acerca de la esclavitud de entonces, en nada comparable á la esclavitud de los negros. Á la influencia del cristianismo sobre aquellos pueblos y á sus felices progresos entre sus descendientes, debemos atribuir el grado de perfeccion á que ha llegado la sociedad en Europa en tiempos mas modernos: por esta misma razon los estados de Europa que han gozado los primeros del beneficio de la predicacion evangélica, se componen enteramente de hombres libres, y no sujetos á la condicion de esclavos. Estos pueblos nos presentan la prueba nada equivocada de la opinion de nuestros mayores en este particular; y los principios que ellos nos transmitieron hubieran llegado á nosotros con la misma pureza que tenian entre ellos, á no haberse introducido el tráfico de negros, que empezó luego que se descubrió la América. Asi es que los autores de este tráfico, convencidos interiormente de su crimen, como de la ignominia inseparable de este odioso comercio, vieronse precisados á buscar é inventar excusas con que paliar algun tanto su infame comercio. Ellos han intentado debilitar la autoridad de la opinion de los cristianos nuestros mayores, diciendo, que sus expediciones mercantiles producian favorables resultados á la religion cristiana, que por medio de

ellas se propagaban entre las naciones infieles de África. los principios de nuestra santa religion, á la que se convertian los negros que se sacaban de un pais infiel y se transportaban á otro de cristianos. Estas razones tuvieron en aquellos tiempos mucha fuerza, porque se ignoraba la verdadera naturaleza de este detestable comercio. Pero causa admiracion que en el dia de hoy los sucesores de aquellos traficantes osen valerse de las mismas razones; por lo que harémos, sobre el particular, algunas observaciones primero, y despues probaremos que el tráfico de negros se opone directamente á los principios de nuestra verdadera religion.

Desde luego, no tememos ser contradichos, si afirmamos que ese argumento es del todo falso refiriendonos con especialidad á la África. Aseguramos que no tan solo el tráfico de negros, no ha convertido los infieles al cristianismo, sino que este tráfico, es el obstáculo mayor para su conversion. M. Smith, que residió muchos años en África como agente de una factoría inglesa que hacia este tráfico, en 1722 se explicaba en los términos siguientes. »Los negros que saben pensar miran la entrada de los europeos en su pais, como la mayor desgracia, como la mayor plaga que pudo verificarse. Dicen, que los cristianos introduciendo

este tráfico han traído con él, todos cuantos horrores es posible imaginar, en un país que antes gozaba de tranquilidad y de paz. ¡Quién querrá hacerse cristiano, al ver que el crimen, la devastación, la muerte siguen en pos del cristianismo!»

Mungo Park, que hace pocos años anduvo por África, dice. «Por alto concepto que los negros hayan formado de las facultades y del poder de los europeos, mucho me temo, que los que entre ellos se han hecho mahometanos tengan una idea bien despreciable de nuestros conocimientos en punto de religion». La conducta de los europeos que se hallaban en África para el tráfico de esclavos justificaba, por desgracia nuestra, la sospecha que indica Mungo Park. «Los comerciantes europeos en aquellos distritos marítimos, nada hacen para desimpresionar á sus habitantes de esas tales ideas. Si alguno de ellos cumple allí los preceptos de nuestra religion, los cumple en secreto, apartado de los negros. El orgulloso europeo rara vez se humilla en tener con los negros la menor conversacion instructiva y amistosa. Maravillábame y me condolia con razon, sigue diciendo Mungo Park, al ver que al paso que el mahometismo ha hecho ya algun progreso entre los habitantes de África, la benefica luz del cristianismo no ha todavía penetrado en ella; y es bien

deplorable que á pesar de frecuentar los europeos mas de dos siglos ha el África, veamos los negros enteramente apartados de nuestra santa religion.

La otra parte del argumento relativa á las colonias es tan falsa como la primera. Las colonias son precisamente el pais del mundo menos á propósito para hacer prosélitos. El rencor que los esclavos tienen allí á sus amos, debe desgraciadamente extenderse á la religion que estos profesan, porque los infelices siempre irritados con el continuo trabajo y castigo, creen que la sancion de la crueldad y de la opresion es un dogma de la religion cristiana.

Otros obstáculos se oponen igualmente á la conversion. La situacion en que los negros se ven en la sociedad, es en las colonias una situacion violenta, contraria á la naturaleza de la sociedad civil, y que repele todo progreso intelectual y moral. Se les quiere, por ejemplo, enseñar á ser honrados, y el hambre les obliga á ser ladrones. Se les exhorta á que sean fieles y sumisos en su nueva condicion, pero agobiados con el trabajo é irritados con el duro castigo, siempre el resentimiento de las injurias que les hacen agita sus corazones ulcerados, y ansian de todas veras el momento de poderse vengar. ¿Qué provecho se quiere pues que ellos saquen de las instrucciones que

se les dan, si el hecho mismo de su condicion les obliga á ser criminales? Aun hay mas. Todos sabemos que el ejemplo tiene mayor fuerza, que el precepto. ¿Y hay acaso, sobre la tierra, pais alguno mas fecundo en malos ejemplos de toda especie, que las colonias europeas? Ninguno hay en Europa, ninguno en las cuatro partes del mundo, que pueda compararsele en este particular. La autoridad y el poder pervierten el corazon del hombre, y en ninguna parte se ejercen con tanta extension y desenfreno como en las colonias. En estas cada propietario es en sus posesiones un soberano: los odios, y demas pasiones violentas tienen campo abierto, sin recelo de castigo: allí reina en toda su fuerza la disolucion, el crimen y la tirania; y si los esclavos se convierten en las colonias, no será seguramente por el ejemplo de sus amos. ¿Pero qué diremos si nos prueban que muchos de estos amos se oponen á que se enseñe el cristianismo á sus esclavos, temiendo que una vez cristianos, se les obligue á tratarlos con menos dureza?

Mas concedamos á los negreros que todos los Africanos que ellos transportan á las colonias, se hacen todos cristianos. Decimos que ni aun en este caso esa conversion general podria abonar las guerras, los suicidios y asesinatos que por el

mero tráfico de negros se causan en África, ni tampoco los tormentos y destrucciones de la vida humana que producen los viages de los navíos negreros. Los traficantes de negros son siempre responsables de todos estos crímenes. Este tráfico, aun con la tal suposicion, es contrario á los principios de la religion cristiana. Escuchemos lo que San Pablo dice en su epístola á los Romanos. El nos enseña *que no debemos hacer el mal, aun cuando de él resulte el bien**: ó en otros términos, que está prohibido el hacer un acto reprehensible, con la mira del bien público, ó de una ganancia particular. Este bello principio no admite excepcion; es aplicable á todas las circunstancias de la vida humana, al gobierno de los pueblos, como á la práctica de los negocios mercantiles y á las acciones privadas. Por grandes que sean, por ejemplo, las ventajas que han de resultar de los planes políticos de un monarca, no le es permitido ponerlos en ejecucion, si para ello tiene que recurrir precisamente á medios injustos.

Un comerciante que, obrando contra la prohibicion, esperase hacer su fortuna, seria en gran manera culpable si obrase de este modo. El

* Et non (sicut blasphemamur, et sicut aiunt quidam nos dicere) faciâmus mala ut véniant bona: quorum damnatio justa est. *San Pablo á los Rom. Cap. 3. ver. 8.*

precepto de S. Pablo condena sin excepcion el tráfico de negros y la esclavitud que este fomenta, porque es imposible realizar uno y otro sin cometer infinidad de crímenes. No tan solo los padres de la iglesia, que sucedieron á los apóstoles, han confirmado y propagado este precepto, si no que los sucesores de S. Pedro, los Papas mismos, han aplicado este precepto á este mismo asunto que nos ocupa. Leon X consultado por los Religiosos de Sto. Domingo, acerca el cómo se conducirían con los Indios, les respondió en una carta, *que la religion cristiana y la naturaleza se oponian al estado de esclavitud.* Bien pronto se propagó la extraña doctrina de que era lícito reducir á los Indios á esclavitud, con tal que al mismo tiempo se les convirtiese á la verdadera religion. Pero el Papa Pablo III promulgó en 1537 dos breves en los que censura fuertemente á los que admitian tal doctrina, declarando que su autor, no podia ser sino el enemigo del género humano, (el demonio). Pablo III califica esta doctrina, de inaudita hasta entónces, y la declara falsa, no solo con respeto á los indios, si tambien con respeto á cualquiera otra nacion. En este breve se confirma completamente la refutacion que hemos emprendido; pues en él se lee literal lo siguiente, *que no es permitido redu-*

cir á la esclavitud á los Indios, ni á otra nacion alguna, ni aun bajo pretexto de procurarla los beneficios del cristianismo, porque la esclavitud es por si misma un crimen.

Mas sigamos. Fáltanos probar que el tráfico de negros no puede conciliarse con los principios de la religion cristiana.

Despues de la larga digresion que hemos hecho, gastarémos pocas palabras para probar esta asercion; y á la verdad que no se necesitan muchas para lograrlo.

Moises en la ley que dió al pueblo judío, ya condenó anticipadamente todos los argumentos de los negreros. En la tabla de la Ley grabó el mismo precepto que Dios le dió: *No matarás** ¿El comercio de negros, no es un largo encadenamiento de atentados contra la vida del hombre? *No robarás.* ¿El comercio de negros no produce una larga serie de robos? *No levantarás falso testimonio* ¿Cuantos millones de inocentes, á causa de este comercio, no han sido condenados por falsos testimonios? *No codiciarás la casa de tu pró-*

* *Exodo Cap. Ver. 13. Non occides. 15 Non furtum facies. 16 Non loquêris contra proximum tuum falsum testimonium. 17 Non concupisces domum proximi tui: nec desiderabis uxorem eius, non servum, non ancillam, non bovem, non asinum, nec omnia quæ illius sunt.*

ximo, ni su muger, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa que le pertenezca. El traficante Africano incitado al crimen por el traficante Europeo, no solo codicia la muger, el criado, y criada de su próximo, hace mas, codicia al mismo próximo, y no contento con codiciarlo, pone en ejecucion su criminal deseo; pues por medios violentos é injustos se apodera de las personas de todos estos desgraciados. Vemos pues que la ley de Moises condena el tráfico odioso de los negros, manantial de todos los crímenes. ¡Con cuanta mas razon es condenado este tráfico por el mismo Jesucristo! El Salvador del género humano, no ha venido á destruir la ley, sino á cumplirla con mayor perfeccion: por esto ha declarado criminal la sola intencion, aunque no se siga la ejecucion. Tambien nos dejó un precepto particular, tan sencillo que no admite interpretacion y sirve de regla á los que profesamos su religion. *No hagas á otro lo que no quieras para tí.* Igualmente podemos citar el precepto de S. Matias: *Lo que quisierais que los hombres os hagan, hacédselo á ellos tambien.**

* Omnia ergo quæcumque vultis ut faciant vóbis homines, et vos facite illis. Hæc est enim lex, et Prophætæ. *San Matias* Cap. 7. ver 12.

Aun hay mas. Moises despues de haber anunciado los términos generales de la ley, pasa á ciertas disposiciones particulares relativas á determinados delitos. Tal entre otras es la siguiente: *Aquel que roba un hombre y lo vendiere, si es cogido en el hecho, será castigado con la muerte.** Es claro que por la palabra *robar* entiende Moises los raptos cometidos con dolo ó violencia, y muchas veces con uno y otro. Podemos por consiguiente aplicar esta disposicion á todas las acciones criminales, que como hemos probado, se verifican en África para proveer de esclavos los navíos europeos: podemos con especialidad aplicarla á las expediciones llamadas *tégria*, y en general á todos los medios de engaño y violencia puestos en práctica para apoderarse de hombres, de mugeres y de muchachos, con quienes se trafica cual si fueren mercancías. No olvidemos que la pena declarada por Moises contra estos ladrones de hombres es de muerte. Talvez se dirá que esta disposicion particular se habia tomado solo con respecto á los judíos, y que no se podia aplicar sino contra el antiguo pueblo Hebreo. Pero se engañan; esta disposicion no es

* Qui furatus fuerit hominem, et vendiderit eum, convictus nonne morte moriatur. *Exodo Cap. 21. ver. 16.*

mas que la repetición y aplicación de la ley de Moisés, cuya ley dice, *No robarás*. Este principio, antes de haberse consagrado en la ley de Moisés, Dios lo había impreso en el corazón de todos los hombres. La disposición que hemos mencionado, no hace mas que aplicar la prohibición general á un género particular de robo, mas horroroso que otro alguno, al robo del hombre hecho por el hombre: cuya última circunstancia agrava singularmente este crimen. Pues, si es un crimen el robar ganados, muebles y dinero, ¿cuan mayor crimen es el robar un hombre? ¿El robar esta noble criatura hecha á imagen de Dios, á la cual ha dado una alma inmortal, y ha dotado de la facultad intelectual que le constituye rey de todos los seres que componen el universo? No es pues una disposición aplicable á un solo pueblo; es uno de los puntos fundamentales del código universal que gobierna al género humano, y al que el cristianismo ha dado una sancion mas solemne. Asi lo considera el Apóstol S. Pablo cuando dice en la primera epístola á Timoteo: *que la ley no fué puesta para el justo, sino para los injustos y desobedientes, para los ímpios y pecadores, para los iníquos y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, sodomitas,*

robadores de hombres, para los mentirosos y perjuros, y si hay alguna otra cosa que sea contraria á la sana moral.* ¿Pero qué es lo que el Apóstol entiende por *robadores de hombres*? Entiende aquellos que entre los Israelitas pillaban hombres para venderlos: entiende aquellos que hacian el mismo oficio entre los Griegos y los Romanos en los tiempos del Apóstol: ha querido entender igualmente todos aquellos que en lo sucesivo se darian á tal infamia. Parémonos aquí, no sigamos adelante, pues hemos dicho sobre este punto mas de lo suficiente. Si hemos interpretado bien los pasages que hemos citado, queda probado que la ley antigua y nueva, condenan ámbas el tráfico de negros. Si es cierto, como lo es, que estos sagrados pasages contienen la expresion de la voluntad divina manifestada á los hombres, hemos conseguido probar la proposicion que asentamos al principio de este capítulo,

* *San Pablo Cap. 1. ver. 9.* Sciens hoc quia lex iusto non est pösita, sed iniustis, et non súbditis, impiis, et peccatoribus, scelerátis; et contaminátis, parricidis, et matricídis, homicidis. 10 fornicáriis, masculorum concubitóribus, plagiáriis, mendacibus, et perjúris, et si quid áliud sanæ doctrinæ adversatur.

Plagiarii se llaman por los Jurisconsultos aquellos que roban esclavos de otros, ó los que roban hombres libres para hacerlos esclavos; y este robo se llama plagium. Ilmo. Sr. D. Felipe Scio, Obispo de Segobia.

á saber; que si el tráfico de negros es una violacion del principio de la justicia universal, es tambien opuesto á los principios de la Religion Cristiana.

Filantropico lector que has leido este escrito, á tu vista hemos presentado la pintura de este comercio y de todas las plagas que le siguen. Seguramente esta triste pintura ha conmovido mas de una vez tu alma compasiva, y otras muchas te habrá causado la mayor indignacion. Te encomendamos eficazmente medites una y mil veces el triste espectáculo que ofrece el diseño del navío negrero que va adjunto; pues este diseño te dirá por si solo, muchisimo mas de lo que se te pudiera decir en voluminosos escritos.

¡Ojalá este diseño te recuerde sin cesar los espantosos males que los malaventurados Africanos padecen mientras atraviesan el Oceano para ir á gemir en una eterna esclavitud, los males que padecieron en su propio pais, y los que les aguardan en las colonias! De este modo, con solo echar una ojeada sobre este diseño, tu imaginacion ya conmovida, ya irritada, recorrerá la larga serie de tantos horrores y crímenes.

Llamamos por fin tu atencion sobre la tier-

na escena de despedida entre Mungo Park y sus compañeros de viage, que ya hemos insinuado en el Capítulo 3.^o Insertamos esta despedida para terminar, con este interesante pasage de la sensibilidad Africana, una obra consagrada en defensa de sus hijos.

Dice pues Mungo Park. »Aproximábase el fin del mas penible y doloroso viage. Dentro un dia iba á verme con mis paisanos, y abrazar á mis amigos. Pero estos motivos de alegría, no disipaban el pesar que tenia en separarme de mis desgraciados compañeros de viage, cuyo mayor número veia destinados á la mas dura esclavitud en remotas regiones. En el largo curso de un fatigoso viage de mas de 500 millas inglesas, bajo los ardientes calores de los trópicos, estas pobres gentes, en medio de los padecimientos que sufrían y con el temor de los que iban á sufrir, se compadecían de mis incomodidades. ¡Qué de veces me trajeron ellos mismos agua fresca para apagar mi sed! ¡Cuántas veces al llegar la noche les ví recoger hojas y brancas tiernas de los árboles y componerme con ellas una cama en medio del desierto! Así es que nos separamos sollozando: nuestras almas se hablaron y nos deseamos mutuamente miles de felicidades. Lamentábame yo, por no tener qué ofrecerles

más que mis buenos deseos. Conocieron mi pena, y los infelices consolándome con el mayor afecto, me decían. Ya sabemos, ya sabemos, que no tenemos otra cosa que darnos; no importa, nosotros no queremos más, tu compasión nos basta.»

¡Qué relación! ¡qué escena!... Lector humano y compasivo grábala en lo interior de tu corazón, no la apartes jamás de tu memoria. ¡Ah! si estos infelices Africanos procuraban voluntariamente mitigar las incomodidades que padecía un Europeo, en el acto mismo en que ellos estaban padeciendo por el crimen de los Europeos: en el acto mismo que un agente vil de estos Europeos los llevaba á los funestos navíos, cuando estos infelices no veían ante sí mas que la horrorosa perspectiva de los espantosos tormentos á través del oceano, y de una eterna esclavitud en las tierras de los Europeos, vacilarás, filantrópico lector, tu que reunes á la calidad de hombre, la de Europeo, y la de Cristiano, vacilarás en tomar la defensa de sus paisanos, tan desgraciados como ellos?... ¡Infelices! ¿qué podían ellos dar á su compañero de viage? Nada poseían, ni dueños eran de sí mismos, pues pertenecían á sus crueles amos. Pero con todo, ellos le daban lo que sus tiranos no habian podido quitarles, la tierna y afectuosa simpatía de las almas buenas y

sensibles.... Ellos apagaban su ardiente sed, ellos le hacian una cama en el desierto::: Su ejemplo imita, lector hombre de bien! Hable á su favor tu corazon cristiano! Sé amigo, sé el defensor de los negros oprimidos. Muestra el cuadro de sus padecimientos, muéstralo por todas partes, en público y en privado, á todos los extranjeros, á tus paisanos: por todas partes esfuerza tu voz generosa, esfuérzala y aterra con ella á esos malvados traficantes de negros. No titubees, no; muchos hombres de bien te ayudarán en defender tan bella causa. ¿Y quien sabe si á tus clamores no se unirán algun dia los de otros, que á la vez excitarán los de aquellas personas, á quienes la divina providencia, en sus decretos inescrutables, tiene reservadas para la extincion total de este comercio homicida?

FIN.



ÍNDICE.

CAPÍTULO PRIMERO. *Diversos modos con que los Africanos son reducidos á la esclavitud. Como es que los habitantes de lo interior del África son más civilizados que los habitantes de las costas.* Pág. 9.

CAP. II. *Moralidad é intelectualidad de los Africanos. Refutación del argumento que pretende hacerse de la supuesta inferioridad de su naturaleza. Porque son los Africanos inferiores á algunos pueblos en los grados de civilización.* 24.

CAP. III. *De que modo los Africanos, después de hechos esclavos, son conducidos á los navíos Europeos.* 41.

CAP. IV. *Los esclavos Africanos durante su travesía á las colonias Europeas. Uno de los efectos de este tráfico, es el desmoralizar á los agentes que intervienen en él.* 53.

CAP. V. *El tráfico de negros considerado como una violación del principio de la justicia universal. Refutación de algunos de los*

argumentos mas especiosos de sus defenso-
res.

CAP. VI. *El tráfico de negros se opone á la Religion Cristiana. Este tráfico considerado por los negreros como medio de convertir á los negros al cristianismo. Refutacion de este argumento, respeto de la África y de las colonias. Aun cuando este argumento fuese cierto, el tráfico seria siempre un crimen á los ojos de la Religion Cristiana.*

Conclusion. 88.





100

los
estados
inferiores
Porque son los Asi-
gamos pueblos en los
Asiáticos, después
con conducidos a los

estados
Asiáticos durante su
las colonias imperiales. Los de
de este tráfico, es el desarrollo
de los agentes que intervienen en el
El tráfico de negros consistió
del principio de la
de España





